

PSICOLOGÍA Y CANALIZACIÓN DEL INSTINTO DE LUCHA
LUIS BELTRÁN PRIETO FIGUEROA.

ADVERTENCIA

El ensayo inicial que da nombre a este libro fue leído hace ya poco más de un año en el ciclo de conferencias propiciado por el Centro de Estudiantes de Bachillerato, en el Ateneo de Caracas. Después, el ensayo original sufrió retoques y pensábamos hacer una obra más amplia, pero los ajetreos de la vida no nos permiten la consagración que tal obra requiere, por eso los apuntes tomados, las observaciones hechas quedan en cartera para mejor oportunidad y damos a la publicidad el libro tal como está, con sus imperfecciones y lagunas.

Es esta una obra de divulgación. En ella intentamos interpretar desde un punto de vista psicoanalítico un aspecto del pueblo venezolano, la combatividad, a la cual asignamos una gran importancia, sin pretender, como erróneamente pudiera creerse, circunscribir la resolución de todos los problemas nacionales a un solo factor. Señalamos un hecho, apuntamos soluciones, pero sin exclusión de las otras causas que de consumo operan en la evolución de los pueblos.

Se ha venido sosteniendo en Venezuela la teoría del “Gendarme Necesario”, de la represión brutal, para acabar con lo que se ha dado en llamar la guachafita venezolana. Afirmamos lo contrario: la represión del gendarme es dañosa, porque impide la evolución gradual de nuestro pueblo, porque crea complejos de inferioridad, el miedo y el odio, que nada construyen y que contribuyen a separar a los hombres. Es necesario decirlo no sea que ahora, cuando las reivindicaciones democráticas tienden a afirmarse, teoricistas interesados o mal intencionados vengán a propiciar la política del plan de machete, de la espada desenvainada, de la dictadura personalista y destructora. Lo que urge es canalizar racionalmente nuestra energía combativa, por medio de una educación del instinto, siguiendo los caminos que señala la naturaleza en la marcha ascendente del espíritu.

El primer ensayo de este libro persigue este fin, y por ello, la Sociedad Venezolana de Maestros de Instrucción Primaria, cuya renovadora campaña cultural se dirige a la creación de una escuela nueva, de acuerdo con el medio

y respetuosa de la personalidad el niño, patrocina y acoge esta edición de nuestra humilde obra, por lo cual le estamos agradecidos.

Completan el volumen pequeños apuntes referentes a cuestiones de gran interés pedagógico, divulgaciones urgentes ahora cuando es necesario crear ambiente para la renovación del medio educacional venezolano, apuntes sin originalidad, pero que consideramos útiles.

Los lectores juzgarán.

Caracas, julio de 1936.

LIMINAR

LUIS BELTRÁN PRIETO FIGUEROA, ha querido que ponga unas líneas liminares en este recio ensayo, el primero de su clase, sin duda, en nuestra Indoamérica. Y no he podido convencer a este compañero que mejor se presenta el hijo solo, que con padrinos. Y más cuando el hijo es robusto y fuerte y tiene los puños cerrados para enfrentarse a los prejuicios, los convencionalismos y toda esa balumba troglodita que todavía, para mala fortuna nuestra, pesa sobre la conciencia de hombres y de pueblos.

Es este un libro escrito por un Hombre. Esto es, por un Luchador. En el más puro sentido goethano.

El Hombre, el Luchador, está rectilíneo, de la cabeza a los pies, con férrea verticalidad, en estas páginas saturadas de inquietud y de frío análisis en algunos párrafos, y de ardiente apasionamiento en algunas líneas.

El Hombre, el Luchador, que analiza su propia psicología, por milagro de un vuelco audaz sobre la propia conciencia; el captador de las tremendas agitaciones espirituales y materiales de la sociedad actual; el tenaz observador de la conducta del niño, del adolescente y del hombre venezolano, que es Prieto-Figueroa, ha descubierto, en parte, lo que hay de potencia, y de germen fecundo y creador en el espíritu de su pueblo, para decirnos cómo y por qué (técnica e ideal) deben canalizarse las grandes virtualidades instintivas, innatas, tipificadas de la comunidad forjada por Hombres de Lucha como Bolívar y Sucre.

Este ensayo adviene cuando la juventud de América compacta sus filas para obras e ideales en grande, y cuando los hombres de Venezuela rompen el cordón umbilical que unía al pueblo con una tradición de bárbaras dictaduras; cuando todos los que saben del dolor de soñar y de pensar tienen los ojos puestos en auroras resplandecientes de justicia, de verdad, de bondad.

En estas páginas, jugosas de doctrina, son analizados en forma lacónica y certera los complejos de inferioridad, los instintos que no mueren jamás, la fuerza de la subconciencia, todo el mundo enigmático, maravilloso del yo que vive y pervive con igual intensidad en todo el curso de la existencia.

Ir hacia la sublimación de ideales, de anhelos, de ansia de superación (que en el fondo es espíritu de lucha y lucha dinámica), significa ir hacia la realización, vitalización de las fuerzas subjetivas, primitivas o adquiridas en la primera etapa de la vida. Y esta realización, esta vitalización anímica solo puede surgir a través de un proceso educativo del espíritu de lucha, que es sed de ser.

Prieto-Figueroa nos da un trabajo que sintetiza, en cierta manera, sus estudios y observaciones efectuados durante los años de su consagración a la función docente, en la cual puso al servicio de la niñez y la juventud venezolanas su fe de iluminado y su fervor de hombre de lucha, esto es de maestro auténtico.

El espíritu de lucha debe ser canalizado por la Escuela. Pero la Escuela de nuestro tiempo aún ignora su misión social, humana, puesto que sigue siendo una institución de mero aprendizaje y destructora de la personalidad del niño.

“La escuela, ha escrito Adler, es una situación en la que ingresa todo niño que emprende el camino adoptado por el desarrollo de su alma... por lo cual sólo se podrá hablar de una buena escuela cuando concuerde con las condiciones de desenvolvimiento del órgano anímico”.

Si la escuela ha de ponerse al servicio de la comunidad, de la patria, de la humanidad, tiene, necesariamente, que romper los moldes que la anquilosan y que le impiden convertirse en institución de canalización de los instintos, de sublimación de ideales, de perfeccionadora de la personalidad humana.

Y este tipo de escuela, hecha “para la vida creadora más que para la vida creada”, ya asoma en nuestra América y Prieto-Figueroa nos la diseña nítidamente.

Que el ideario de estas páginas sirva para que los maestros indoamericanos aprecien, una vez más, las responsabilidades que tienen contraídas con el Porvenir.

MARIO LEGRAND¹

Caracas, 1936.

¹ La firma de este liminar corresponde al seudónimo del educador boliviano Carlos Beltrán Morales, muerto en Caracas el 30 de abril de 1949.

PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN

Este libro fue publicado en 1936. Salíamos de la tiranía de Juan Vicente Gómez, que había durado veintisiete años, y sobre el gobierno y las organizaciones pesaba la presión para que afirmaran la mano sobre el pueblo, a fin de que no se desmandara. Intuitivamente, las clases conservadoras reconocían que las energías, largo tiempo retenidas, ahora sin frenos limitadores, corrían entonces peligro de desbordamiento. El libro perseguía una finalidad, la de indicar a los dirigentes y a los dirigidos que la represión no suprime los impulsos agresivos, porque la energía soterrada de éstos busca salidas compensatorias, que al manifestarse trastornan toda la vida social y política. Se proponía también señalar un rumbo educativo que sustituyera la represión, construyendo canales para la energía combativa con objetivos de aprovecharlos creadoramente.

De la fecha de aparición del libro a hoy, hemos recorrido un gran trecho. Salimos del túnel de la dictadura de Gómez para percibir débil luz en los regímenes que le siguieron, herederos parciales de las instituciones dictatoriales, aun cuando no de sus prácticas represivas y depresivas, vivimos luego, 1945-1948, tres años de régimen revolucionario, dentro del cual se rompió definitivamente el cordón umbilical que aún persistía con la dictadura, para dar entrada a Venezuela en una era de progreso democrático, llamando al pueblo a participar libremente en la construcción de un régimen de libertades públicas y de disfrute de los bienes económicos de la Nación. Vendrá luego, 1948-1958, la dictadura de los diez años y con ella vuelta a la represión brutal, regresión en nuestro proceso evolutivo a etapas ya superadas en las cuales la belicosa actitud buscó formas de expresión, cónsonas con la situación de sometimiento que padecía la Nación. Esa actitud combativa condujo a la organización de un frente común para aprovechar las fuerzas del instinto, que dieron al traste con el régimen de opresión.

Entramos desde entonces en una nueva etapa, donde la libertad es objetivo y el régimen democrático concentra los esfuerzos de la mayoría del pueblo. Pero las energías liberadas hicieron salir del cauce normal de la cultura las fuerzas instintivas reprimidas por la dictadura. Se trata de lo que definimos en nuestro libro como proceso de regresión del instinto que ha hecho aparecer en el medio venezolano manifestaciones destructivas de ferocidad, contraria al leal combate promovido por un instinto de lucha desviado o canalizado.

La segunda edición de este libro había sido retardada indefinidamente. Como anunciábamos en la nota explicativa que precede a la primera edición, era nuestro propósito hacer un trabajo más completo, con notas y apuntes que no tuvieron cabida en aquella oportunidad. Otros trabajos, otros libros y ensayos requirieron nuestra atención, no obstante que educadores y amigos nos reclamaban siempre una nueva edición de *Psicología y Canalización del Instinto de Lucha*. Ahora nuestro fraterno amigo el Dr. J. M. Siso Martínez, Ministro de Educación, ha enviado el libro a las prensas del Ministerio, lo que no nos ha permitido seguirnos oponiendo a la publicación. Sin embargo, para actualizar la obra escribimos este prólogo en el cual deseamos dejar sentadas algunas observaciones útiles para el lector de hoy.

La bibliografía sobre la agresividad y sobre los conflictos y tensiones entre personas, grupos y naciones es muy extensa en el mundo, aun cuando en Venezuela no abundan estudios de esa clase.

Para el año de 1952 la UNESCO había realizado estudios e investigaciones por más de cinco años sobre las tensiones internacionales y encomendó a la socióloga norteamericana Jessie Bernard el trabajo de preparar un informe sobre las investigaciones recientes y los métodos empleados en tales investigaciones. Ese estudio fue publicado en su versión española bajo el título de *Sociología del Conflicto* (Investigaciones recientes), por el Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional de México, en 1958 y contiene una bibliografía sobre el tema con 263 títulos. En 1961, publicó el Fondo de Cultura Económica, la versión española del libro de Lewis A. Corser, *Las Funciones del Conflicto Social*, ampliamente informado.

Aun cuando el fenómeno de las tensiones y el de los conflictos pueden no degenerar en agresiones abiertas, son o pueden ser las causas de éstas, por

lo cual tiene gran interés estudiarlos para ilustrar la materia de este ensayo sobre *Psicología y Canalización del Instinto de Lucha*.

El libro de Leis A. Corser, ya citado, como obra de divulgación, carece de originalidad. El autor advierte que no se trata de una investigación nueva, sino que parte de los conceptos emitidos por el sociólogo alemán George Simmel, en un libro publicado a principios de este siglo, bajo el título de *Conflicto*, confrontados con las ideas de otros autores anteriores y posteriores a éste.

Corser critica a Simmel porque mezcla conceptos sociológicos con puntos de vista psicológicos, con lo cual generalmente se obscurece la doctrina formulada sobre el conflicto. Pero en realidad ese es un error en el cual incurren varios autores al no delimitar lo puramente sociológico de lo estrictamente psicológico. Pero, por otra parte, los estudios más penetrantes sobre el conflicto social tienen su origen en las investigaciones psicoanalíticas de Freud, que analizó sus causas profundas y propuso fórmulas APRA resolverlos. Además, toda la psicología eminentemente social de Alfredo Adler se basa en una estructura anímica en donde el instinto de poder determina dos formas de personalidad, la agresiva y la no agresiva, que sirvieron a Pierre Bovet para escribir su libro. *El instinto luchador*, citado en esta obra. Varios tratadistas han buscado sus interpretaciones en fuentes psicoanalíticas, porque, como observa Roger Bastide, “las relaciones entre el psicoanálisis y la sociología son dobles y hay reciprocidad, al menos aparente, de puntos de vista. La sociología nos ayuda a comprender al individuo, al colocarlo nuevamente en un medio familiar y la psicología, por su parte, da cuenta de los hechos sociales al hacerlos brotar del juego de la libido” (Roger Bastide, *Sociología y Psicoanálisis*, pág. 16). Sin embargo, es aceptable decir con Corser que, aun cuando el conflicto es un agente de diferenciación de la personalidad con respecto al mundo exterior, para el estudio de esta cuestión tan importante hay que circunscribir los términos de la relación de la personalidad con el mundo exterior que contribuyen a la diferenciación de ésta.

Generalmente se piensa que el conflicto es destructor y que es dañosa su producción dentro de los grupos humanos. Pero está demostrado (lo analizamos en este libro) que solamente la exacerbación conduce al choque destructor. Psicólogos y sociólogos reputados llegan a considerar que es

saludable cierto grado de conflicto para la integración de los grupos. En efecto, Simmel sostiene que una cierta cantidad de discordia mantiene la unidad del grupo y por ello considera integrador el antagonismo que se produce dentro de los grupos. Por otra parte, el conflicto entre grupos diferentes contribuye a la unificación interna de los grupos que chocan. En esta hostilidad de grupos y de clases, nos recuerda Corser, fundamentaron sus teorías sociales Carlos Marx y Sorel, quienes sostienen que la lucha de clases esclarece la conciencia de los grupos en conflicto y los lleva al conocimiento de su identidad de clases como tales y al conocimiento de sus objetivos específicos. En este sentido el conflicto tiene importancia como estimulador de la identidad o de la expresión de la personalidad del grupo que por enfrentamiento adquiere un conocimiento pleno de sus intereses.

La interpretación psicoanalítica que proponemos de la lucha como una característica fundamental del pueblo venezolano, a la luz de los nuevos conceptos pudiera ser discutida porque la teoría de los instintos ha estado en constante revisión y contra ella han aparecido puntos de vista y teorías contrapuestas. Para los partidarios de la reflexología los instintos no existen o existen sólo en limitada cantidad como características hereditarias que se transmiten a los descendientes. Para estos psicofisiólogos de la conducta toda actividad de los seres vivos se reduce a reflejos condicionados que el hábito perpetúa. Algunos sostienen que se ha abusado demasiado del término instinto, por ello L. L. Bernard, en su tratado de *Psicología Social*, considera como “un absurdo atribuir un carácter verdaderamente instintivo a la mayor parte de formas complejas de conducta, especialmente de las que producen adaptaciones rápidamente variables del organismo como un todo a medios complejos variables” (L. L. Bernard, *Psicología Social*, pág. 113). Este mismo autor discute la posibilidad de que los instintos en el hombre sean múltiples y sólo concibe un número limitado de éstos, relacionados estrictamente con los procesos vegetativos o estrictamente vitales. Es, en cierta manera, una vuelta a la tesis de William James ya expuesta en nuestro libro. Pero Bernard sostiene con más énfasis, después de los grandes procesos de la psicología, que propició pero no conoció James, que “Si hacemos una distinción rígida entre reflejos e instintos sobre la base de la complejidad relativa de la configuración de conducta, entonces puede decirse que existen muy pocos instintos

verdaderos que queden intactos en el organismo humano. pero no existe una línea divisoria precisa entre los reflejos y los instintos que se base en la complejidad o en cualquier otra base de distinción, y al parecer se tiende a incluir en el término instinto el de reflejo” (L. L. Bernard, ob. cit., pág. 123).

El sociólogo francés Roger Bastide, en su libro reciente *Sociología y Psicoanálisis*, donde analiza las relaciones e influencias recíprocas de estas dos disciplinas afirma que la conciliación entre la Sociología y el Psicoanálisis no será posible sino a condición de que: “el psicoanálisis abandone la teoría de los instintos para reemplazarla por la de las tendencias más o menos modeladas profundamente por lo social, y que la sociología reconozca la posición de los individuos y su dinamismo creador en la vida de los grupos” (Roger Bastide, *Sociología y Psicoanálisis*, págs. 115-116).

Por su parte Erich Fromm, quien ha intentado un acercamiento profundo entre la sociología y el psicoanálisis, introduciendo reformas sustanciales en la teoría freudiana del instinto sexual, acentúa la influencia de lo social en la conducta humana, que aparece determinada en muchos casos por esas influencias. Piensa Fromm que las presiones agresivas “no son instintos biológicos sino tendencias modeladas por la sociedad en tal forma que lo individual y lo colectivo se penetran profunda y recíprocamente”.

Más recientemente el psicólogo norteamericano Gordon B. Allport asienta que la agresión no es instinto sino una capacidad, manifestándose por lo demás parcialmente de acuerdo con la teoría freudiana, en la cual frustración-agresión-desplazamiento forman parte de una teoría con solidez, siempre que sobre ella se formulen algunas salvedades. Para este psicólogo “la diferencia entre un “instinto” y una “capacidad” es crucial. Un instinto demanda satisfacción. Una capacidad sólo está latente y puede no ponerse nunca en acción”:

Cabe observar que el análisis de Allport se refiere se refiere a la existencia de los prejuicios, en los cuales, sí interviene un instinto que siempre busca satisfacción, las perspectivas de eliminar aquél siempre serían confusa. Por el contrario si en la instauración del prejuicio interviene una mera capacidad reactiva es posible crear condiciones internas o externas que impidan la actividad de la capacidad. (Gordon B. Allport, *Naturaleza del Prejuicio*, págs. 387-388).

Indudablemente, desde el punto de vista educativo la tesis de Allport ofrece mayores perspectivas para el educador, porque al tratarse de una capacidad esta puede ser manejada con mayor libertad haciéndole cambiar sus objetivos. Pero los psicoanalistas ortodoxos siguen manifestándose en los términos del vocabulario freudiano y sacan sus conclusiones ateniéndose a las específicas fórmulas del creador de la teoría. El mismo Allport en su obra citada, en completa concordancia con Freud, afirma que “Thánatos constituye un impulso tan ciego en nuestra naturaleza como es Eros, con el cual contrasta netamente. Pero la agresión clamor suelen mezclarse en el curso de la vida de manera que aun nuestras necesidades positivas y de unión se contaminan con impulsos destructivos”. (Allport, obra citada, págs. 185-186).

Las diferencias teóricas son de mínima importancia en este caso, ya que ambos tratadistas concuerdan en el hecho fundamental de que “la forma característica como un individuo maneja sus impulsos agresivos constituye uno de los rasgos importantes de la estructura de su carácter”.

La primera edición de este libro, constante de cinco mil ejemplares, se agotó en el mismo año de su aparición y desde entonces hemos esperado las observaciones formuladas por personas estudiosas sobre los puntos y observaciones hechos por nosotros. “Puede acontecer, decíamos entonces, que las conclusiones sean un poco precipitadas y hasta erradas, por eso accederíamos gustosos a rectificarlas si las razones expuestas por aquellos que hayan estudiado esta cuestión con mayor detenimiento, tienen un fundamento razonable”. Es dable suponer que la falta de objeciones confirman nuestro planteamiento a menos que no consideremos que por señalársele escasa importancia no ha sido tomado en cuenta.

Por otra parte, la socióloga norteamericana Jessie Bernard, para indicar lo poco que se ha avanzado en el estudio de los conflictos sostenía en 1950 que “desde la época de los primeros percusores como Small, Park y Ross, poco es lo que se ha progresado. Los sociólogos norteamericanos de los años recientes se han contentado con mantener el estudio científico del conflicto en el punto en que Simmel lo dejó”. (Cita de Lewis A. Corser. *Las Funciones del Conflicto Social*, págs. 13 y 14).

Los recientes acontecimientos venezolanos, lejos de negar la tesis que sostenemos, vienen a confirmarla.

El psicoanalista venezolano doctor Hernán Quijada ha realizado pacientes estudios sobre la agresividad y encuentra que la desorganización familiar, dentro de la cual existen hogares o remedos de hogares, donde una madre carga con prole numerosa, atribuida a padres diferentes, la introyección de la imagen del padre carece para el niño de las características protectoras que conforman tradicionalmente esa figura en el hogar. La figura introyectada es más bien la de un enemigo o la de sucesivos enemigos generalmente brutales que determinan una reacción externa del niño y formas de agresividad que llegan a ser patológicas.

Los estudios del doctor Quijada se refieren generalmente a las zonas urbanas de Caracas donde el éxodo campesino ha acumulado en insalubres viviendas a una población inculta venida de los campos. Los hábitos primitivos del hogar campesino han sido desintegrados y mujeres y niños abandonados conforman un cuadro donde a la agresividad primitiva del carácter venezolano se agregan las condiciones ambientales que hacen propicia toda forma de agresión.

Las tesis sostenidas por Erich Fromm en las cuales ha pretendido una conciliación entre Marx y Freud concluyen que “el carácter social (de un grupo, como la clase media, o de una civilización) surgen de la adaptación dinámica de la naturaleza humana y una estructura social. Los cambios que se producen en esas condiciones sociales crean cambios en el carácter social; es decir, dan nacimiento a nuevas necesidades, a nuevas angustias. Estas, a su vez, determinan nuevas ideas o, para decirlo mejor, hacen a los hombres susceptibles de ser afectados por ellas. Por su lado estas nuevas ideas tienden a estabilizar y a intensificar el nuevo carácter social y a determinar las acciones humanas”. Según esta tesis la agresividad estaría determinada por las nuevas normas y situaciones sociales y éstas a su vez estarían influidas por las presiones que llevan a actuar a los individuos.

Los estudios del doctor Quijada y otros realizados por sociólogos y psicólogos sociales para determinar las causas de la delincuencia juvenil y de la delincuencia en general y para buscar remedio a la desordenada forma como, a partir de la dictadura de los diez años, se ha venido manifestando el desordenado instinto agresivo del venezolano, nos han hecho volver a los principios sostenidos en este libro como fórmulas para encontrar un medio

educativo capaz de modelar la actividad creadora de nuestros jóvenes, señalándoles objetivos precisos para canalizar la energía desbordada de su combatividad.

La tesis sostenida explica que el impulso agresivo reprimido, cuando cesan las fuerzas de represión se desborda. Ya el psicoanalista C. G. Jung en su libro *El Inconsciente* dice que cuando la energía psíquica desborda el canal que la contiene, se dificulta retornarla a su antigua forma de expresión, con lo cual se originan formas neuróticas de comportamiento. Algo de esto acontece con las formas de actuación, de alarmantes características en la Venezuela actual. La agresividad tiene signos destructivos en todas partes, por ello se hace indispensable crear canales adecuados para contenerla, si no es posible retornarla a su canal primitivo, proponiendo a los jóvenes objetivos de derivación en los cuales puedan volcar esa energía que está amenazando con destruir, no sólo instituciones, sino el propio porvenir de la nación.

El instinto agresivo, connatural en el venezolano, se mira ahora favorecido en sus formas de expresión destructivas porque el proceso de desarrollo social y económico ha desorganizado las antiguas formas, dentro de las cuales los hábitos de convivencia mantenían las relaciones pacíficas y normales de los ciudadanos y de las comunidades. Al proceso de desruralización sucede otro de urbanización sin que los recién llegados a la urbe tengan la cultura urbana que las ciudades reclaman. Se trata de una urbanización sin urbanidad, o mejor, de un urbanismo ruralizado. El choque de dos formas antagónicas de cultura exagera los rasgos agresivos de nuestra población, que encuentra en cualquier oportunidad un medio para desfogar la combatividad. La gravedad de esta situación estriba en que el combate, en el choque de las dos formas de cultura, se decide a favor de la más primitiva y no en una síntesis dialéctica más evolucionada, como sería deseable.

Un ejemplo sería suficiente para explicar este fenómeno: El carnaval, que es una fiesta tradicional en la que la máscara permite al ser humano dar libre salida a su instinto sexual reprimido, en Venezuela se convierte en un combate abierto, que se inicia con el uso del agua como instrumento de agresión y deriva en el uso de toda clase de sustancias y armas, de lo cual resultan heridos, contusos y muertos que llenan los hospitales y puestos de asistencia. En ninguna parte del mundo el carnaval asume estas características

netamente venezolanas. En Brasil es una fiesta de desbordada alegría, que encuentra en la danza su forma máxima de expresión. En las zonas del Caribe donde se practica el carnal: Cuba, Panamá, Trinidad, es oportunidad para exhibir una especie de arte folklórico del adorno y del vestido que con la combinación de danza y canto constituye, como en Brasil, una pintoresca atracción para turistas. Sólo en Costa Rica, pueblo de natural pacífico, donde no se celebra el Carnaval, sino las llamadas Fiestas Patrias, que lo sustituyen, en los días finales de diciembre, pudimos observar una costumbre denominada de “la trompada libre” que permite dirimir durante esos días, sin penalidad ni intervención policial, las querellas pendientes, haciendo uso de los puños, sin armas ni artefactos contundentes, dando así desfogue a la agresividad contenida. Pero ¡qué diferencia! Los contendientes no son muchos ni las trompadas tantas, no obstante estar libremente consentidas.

Al fenómeno del carnaval podríamos agregar otras formas agresivas de habitual expresión en nuestro medio. En el Tercer Congreso de Trabajadores del Transporte nos referimos a las maneras como los transportistas de nuestro país se comportan en la ciudad y en la carretera. Dijimos entonces: “las ordenanzas prohíben tocar bocina en la calle, pero el chofer utiliza su bocina como si fuera una ametralladora; dispara con ella al peatón, dispara a los oídos de todo el mundo; quiere así, en cierta manera, expresar su poder y su agresividad y se vale de ese instrumento porque no tiene una ametralladora en las manos. La agresividad hace creer al chofer que las calles son suyas, que las hicieron para él y no para el tránsito de la gente y ello ha convertido a las ciudades en un infierno”. En otra parte decíamos: “circuló la noticia de que en los túneles del Centro Simón Bolívar de Caracas había poco aire y se producía monóxido de carbono, que es un veneno mortal para la gente. Desde entonces los choferes adquirieron la costumbre de acelerar en los túneles y quien se detiene en ellos oye de inmediato el tronido de todas las bocinas que suenan dentro de los túneles: El miedo y la agresividad se unen en estos para hacer del tránsito una tortura que deseáramos evitar. A los choferes, esos poderosos hombres de la máquina, les domina el miedo en los túneles, como a los pobres niños les horrorizan las brujas de los cuentos que viven en las cuevas y con las cuales les meten miedo los adultos. No tocan la bocina entonces por la

agresividad de gente que quieren herir sino por la actitud de gente que quiere huir de un peligro cierto o incierto, pero que imaginan muy grande.

La forma característica de comportamiento de los jóvenes, las frecuentes huelgas estudiantiles y las peleas agresivas de grupos en las universidades y en los liceos reflejan también desajustes en el comportamiento. Si se analiza esa conducta se encuentra que los motivos alegados casi nunca corresponden a la naturaleza y alcance de las actitudes agresivas.

Es explicable, y ha sido puesta de manifiesto por el psicoanálisis, la actitud agresiva contra toda forma de autoridad, porque ello es una reacción en contra de la figura paterna representada en la calle por los profesores, por la policía y por toda persona que encarne las instituciones que garantizan el orden público. Ya lo observaba Corser, "El odio hacia el padre, derivado a otro objeto, puede adscribirse a cualquier ente adecuado: patrón, policía o sargento" (Lewis A. Corser, ob. cit., pág. 57). Como la represión psicológica no permite agredir al padre o a la madre, la actividad agresiva se desplaza hacia otras personas, pero en Venezuela las instituciones no tienen todavía el poder de contención suficiente para inhibir los actos agresivos a las personas.

En los momentos de conflicto esta inhabilidad de las instituciones se pone más de manifiesto. El desbordamiento de aquella energía salida de madre se expresa con la muerte de policías y soldados, en la agresión hacia profesores y en los desórdenes callejeros que tienen el mismo sentido del Carnaval, donde la agresión se justifica por la agresión misma y quienes la realizan, si fuera objeto de un minucioso examen, demostrarían perturbaciones que los ubican dentro de los candidatos de exacerbada agresividad extrapunitiva.

Pudiera decirse que la ola de agresividad no es venezolana solamente sino mundial y para ello puede alegarse que los cambios en la cultura han determinado también nuevas concepciones sobre la vida y sobre la conducta sin haberse creado todavía ideales nuevos que conduzcan a formas de comportamiento adecuadas y en estrecha relación con los ideales o con las formas nuevas de vida que se propugnarían.

Se diría que la agresividad es una especie de tanteo dentro de las reacciones del aprendizaje mediante el ensayo y el error, pero tal afirmación,

además de peligrosa, sería aventurada porque estaría justificando formas de agresión que corresponden a estadios de desarrollo cultural ya abandonados.

Nuestra constante preocupación frente a los brotes desordenados y frecuentes de agresividad venezolana obedece a que ello señala procesos graves de desintegración que a menudo no son comprendidos por los sectores afectados. Se piensa con alarma en la necesidad de ponerle remedio mediante la represión brutal, mediante procesos de agresiva contención, es decir, se pretende apagar el fuego con más fuego, sin crear las condiciones adecuadas de ambiente que favorezcan la integración. Los alarmados o asustados claman por la dictadura, tal el caso de un eminente, culto y bien intencionado médico, que frente a los tumultos de 1936 pedía al Presidente de la República que desenvainara la espada para contenerlos.

Siempre se recurre a la misma apelación, buscándole justificaciones al despotismo. Explica Corser que una cohesión débil de las fuerzas sociales es contraria a una “aceptación voluntaria de la autoridad”. La falta o la debilidad de la solidaridad interna de los grupos es propicia a los desbordamientos de las fuerzas dictatoriales, que así pretenden poner coto a la anarquía. En este libro explicamos que, en lugar de poner orden, las dictaduras crean el desorden. Son la tapa de una caldera en ebullición, sin conducto de escape, siempre en peligro de estallar. Los desórdenes de las dictaduras sólo se conocen después de las caídas. El caos que dejaron las de Venezuela fueron y son las causas de la mayoría de nuestros desajustes. La cadera, sin válvula de regulación se hizo mil pedazos.

Consideramos la institucionalización de la vida democrática, que fija límites normales a la libertad, dentro de la cual cada quien puede luchar sus combates sin desmedro de la dignidad de los ciudadanos, como medio para permitir una racional contención de la agresividad. La normal convivencia democrática desarma el brazo agresivo, limpia de inmundicia las lenguas de los maledicentes, lima de aristas agresivas los pensamientos de los escritores, es escuela de civismo y de hombría que enseña a comportarse dentro de las limitaciones que el derecho señala y a reclamar las garantías condignas a la persona humana, reconocidas por la ley a cada cual. Solamente los que dentro de la esclavitud no pudieron adquirir los mecanismos de la contención sin presiones envilecedoras, ni pudieron aprender el respeto sosegado a la

dignidad de los demás, porque esta se mide con la propia dignidad inexistente en los epígonos de los despotismos, sólo estos, repetimos, suspiran por las dictaduras y trabajan para sustentarlas. Además en ello les va su propio interés, que es contrario al interés popular de los luchadores por mejores condiciones de vida, por mayor justicia social y por un respeto mayor para su cabal condición de ciudadanos. Este libro fue escrito para combatir aquellas actitudes negativas presentes todavía en grupos y personas, con grave peligro para el progreso institucional y cultural de Venezuela. Fue escrito para jóvenes de hace treinta años, que bajo la Presidencia de Ramón Velásquez, hoy director de “El Nacional”, se nos acercaron para pedirnos orientaciones tan necesarias entonces como ahora y más ahora que entonces. Puede servir también para los jóvenes de hoy y para los que, no siéndolo ya, tengan interés en superar nuestras actuales condiciones de vida, creando ambiente propicio para una racional derivación y canalización de la agresividad.

Volviendo a la tesis sustentada por nuestro libro sería la oportunidad de intentar la fijación de objetivos dentro de los cuales la juventud encuentre motivos de derivación de su pugnacidad, para gastar su energía combativa. Precisa crear taras que entusiasmen a los jóvenes, hacerlos partícipes en las obras de desarrollo comunal, en las que ayuda y cooperación con los grupos encargados de preparar exposiciones, conjuntos corales, realización de obras de artesanía y de arte en talleres populares, la realización de excursiones, que participan de la aventura y del descubrimiento y sobre todo deporte y juegos, en los cuales el respeto a la norma impuesta a los participantes forma la disposición para el respeto a la ley y a las instituciones. En estas tareas pueden ayudar los partidos y asociaciones políticas, culturales y sociales dentro de las cuales el joven podría ser ayudado a medirse realizando obra útil y no como lo hacen lo extremistas, destruyendo. También es saludable la obra de entrenamiento profesional de los jóvenes conducida por el INCE, la organización de los clubes juveniles, los recreos, juegos y actividades dirigidas, todas ocupaciones de derivación y canalización de la combatividad, a la vez que de educación y formación de la personalidad.

La conquista del Oeste tan extraordinariamente presentada en una película reciente, fue para los norteamericanos, hombres y mujeres, una oportunidad para que un pueblo joven desplegara sus energías en la

construcción de un país nuevo. El proceso de desarrollo económico que está viviendo la nación, las áreas de exploración y explotación de riqueza en la Guayana venezolana son también oportunidades para nuestro pueblo. Allí hay todo un campo para la creación y para hacer realidad con esfuerzo y sacrificio, el ideal de una patria nueva en la cual todo venezolano puede sentirse realizador de su propio destino y realizador de un destino común.

Sin empresa común un pueblo no puede identificarse con el futuro que le tocará vivir. Ese futuro para los venezolanos está en Guayana y en todas las áreas de desarrollo que florecen en la amplia extensión de nuestra geografía y los jóvenes deben prepararse para intervenir eficazmente en ese proceso. La energía desbordante podrá utilizarse no en destruir riquezas ni en matar policías y soldados, ni en fomentar bochinchas a la manera de las comunidades sin objetivos y sin propósitos definidos. La energía del instinto agresivo del venezolano tendrá así un objetivo de derivación y una manera de canalizar, de sublimar o de desviar el cauce de sus angustias, sumergiéndose en el quehacer de una patria.

L.B.P.F.

Caracas, mayo de 1965.

PRÓLOGO A LA TERCERA EDICIÓN

NUEVA VALORACIÓN DE LOS INSTINTOS

Cuando se publicó esta obra, en 1936, estábamos saliendo de la dictadura gomecista. Se pensaba entonces una visión nueva de los procedimientos educativos para dirigir la conducta de los venezolanos por cauces donde el ansia del pueblo pudiera fluir libremente.

La segunda edición, publicada por el Ministerio de Educación en 1965, también respondía a una necesidad derivada de una intensa etapa de desajustes sociales provocados por las guerrillas y por la inconformidad de los jóvenes que no encontraban en el régimen democrático respuesta a sus inquietudes. Ahora, Monte Ávila, transcurridos más de cuarenta años de la primera edición. Creíamos que el libro estaba fuera de época y acaso requería una revisión a fondo, pero al releerlo encontramos que en este momento es más actual que cuando lo escribimos y también, más necesario.

En medio del furor de la contienda entre las escuelas instintivas, ambientistas y conductista apareció en 1966 un extraordinario libro del biólogo alemán Honrad Lorenz, premio Nobel en 1973, titulado *“El Comportamiento animal y humano”*. El tema se ha puesto sobre el tapete de la discusión porque Lorenz, guarecido en una irrefutable base experimental de largos años expresa: “Yo sostengo la opinión de que la acción instintiva es algo fundamentalmente distinto de cualquier otro comportamiento animal, ya se trate de sencillos reflejos condicionados, de complicadas acciones basadas en el adiestramiento o de realizaciones máximas, logradas gracias a la inteligencia. No soy capaz de ver línea divisoria alguna entre las acciones puramente instintivas y las cadenas de reflejos basadas en reflejos incondicionados. Tengo que manifestar a este respecto que rechazo la explicación, estrictamente mecánica, de la teoría de los caminos en el caso de reflejo puro. Estimo que la acción instintiva no guarda homología alguna con todos los comportamientos adquiridos por adiestramiento o inteligencia, por mucho que la analogía funcional pueda llegar muy lejos en algunos casos. Y tampoco creo

que la existencia de transiciones genéticas entre ambos tipos de comportamiento (...) Quiero demostrar que la opinión reinante en el sentido de que se puede influir sobre acciones instintivas mediante la experiencia es puramente dogmática y que se funda en un material de hechos todavía menos demostrativos que los míos. (Konrad Lorenz. *“El Comportamiento animal y humano”*, pág. 161).

La apuntada explicación es una respuesta a los conductistas que consideran al instinto como un reflejo o reflejos condicionados y demuestra además una concordancia con Freud cuando al hablar del instinto de muerte dice que “el hombre está sometido al influjo de un impulso de destrucción de sí mismo o de los demás y no podría hacer gran cosa para escapar a esa trágica alternativa”. Para Freud la agresión no es en lo esencial reacción a los estímulos sino un impulso que manaba constantemente y tenía sus raíces en la constitución del organismo humano. (Ver Erich Fromm. *“Anatomía de la destructividad humana”*, pág. 31).

En el prólogo de la segunda edición de esta obra, donde pasamos revista a la bibliografía moderna sobre la materia, expresamos dudas sobre la posibilidad de conciliar los criterios existentes, pero seguíamos sosteniendo la validez de la oposición instintivista. El libro de Lorenz, que ha alcanzado una gran difusión en el mundo y goza de indiscutible prestigio, refuerza estas argumentaciones, porque a su sombra está creciendo una extensa cantidad de obras que complementan los puntos de vista del biólogo alemán, quien arremete contra las posiciones primitivas de Mac Dougall, Vechterev y destruye la posición de Ziegler que define claramente el reflejo como emanación de “un centro de reflejos” que transmite la excitación. Dice además Lorenz: “la objeción resultante de los fenómenos reguladores, relacionados con la teoría del carácter reflejo de la acción instintiva y el reflejo, pues en tal caso sería tanto como establecer una diferencia entre la “acción instintiva” y el reflejo en el caso del reflejo de “rascadura” de la rana (...) Los pocos reflejos observados con precisión hasta cierto punto en su base anatómica pueden ser considerados, en sus cursos aislados experimentalmente, como comportamientos que tienden con pleno sentido a la conservación de la especie. Por muy grande que su importancia sea para los neurólogos, los biólogos tienen que valorarlos en realidad como fenómenos debidos a la

influencia del azar. No obstante estos procesos tan valiosos para la conservación de la especie se hallan evidentemente tan emparentados entre sí que, a pesar de que por el momento sólo se puede llegar a descomposiciones muy defectuosas de estos últimos, ningún filósofo puede pensar seriamente en el intento de trazar una frontera entre ambos”. (Lorenz, obra citada, pág. 398).

Lorenz en la demostración de su tesis trae argumentos irrefutables. Alega que el instinto no necesita del estímulo externo para producir sus efectos. “Cuando, bajo las acciones inherentes a la cautividad, un impulso no surge jamás por falta de un estímulo adecuado, el umbral del mencionado estímulo se reduce de una mera curiosidad. Este fenómeno puede llegar tan lejos a veces que el impulso oportuno termina finalmente por “dispararse” sin la existencia demostrable del estímulo alguno. Es como si la conducta que permanece en estado latente terminara por convertirse en su propio estímulo interior. (Lorenz, obra citada, págs. 168-169).

El instinto estudiado especialmente por Lorenz es el de la agresividad, que en este libro denominamos “instinto de lucha”.

En un Simposio celebrado en Londres en 1963, el tema abordado por especialistas de las ciencias y las humanidades fue la agresión entre insectos, aves, monos, otros animales y entre los hombres. Lorenz, antes de la publicación de su célebre libro ya nombrado, participó con un estudio titulado “Luchas ritualizadas”. Allí dice: “La agresión interespecífica, o agresión, sin más, se encuentra en la inmensa mayoría de los vertebrados y en muchos invertebrados no puede haber duda acerca de las importantes funciones que desempeña a favor de la supervivencia de la especie”.

“Las primeras de estas funciones, y seguramente la más importante, es espaciar los individuos de una especie en el hábitat disponible; en otras palabras, es la distribución del “territorio”. Otra es la selección del “mejor” por lucha de rivales, pertinente en conjunción con la defensa de la familia o la sociedad por el macho; la tercera función es el establecimiento de un orden social de jerarquías que es de particular importancia en los animales sociales en los que el aprendizaje está muy desarrollado, de manera que la experiencia individual del guía viejo es de gran importancia para la comunidad. Existen, por supuesto, otras funciones menos importantes de la agresión en su forma simple o no contaminada, pero no tenemos que ocuparnos de ellas ahora. Hay,

sin embargo algunas funciones altamente importantes que desempeña la agresión en el sistema de interacciones mutuas entre motivaciones independientes variable que gobierna el comportamiento animal y humano”.

Analiza Lorenz la importancia cobrada por las armas, que primitivamente servían para cazar la pieza indispensable para la alimentación y que después se estilizaron para la lucha interespecífica que por ello se hizo más brutal, pero ello condujo a medidas de regularización para hacer menos peligrosa la agresión, comportamiento que Lorenz denomina “ritualización” pero observa que solamente el hombre mata y aniquila a sus congéneres en situación normal. Entre los animales, la muerte del contrario sólo se produce en cautividad cuando el espacio donde conviven es reducido.

“No cabe ninguna duda, afirma, en opinión de cada hombre de ciencia con mente científica, que la agresión intra-específica es, en el hombre un impulso instintivo espontáneo en el mismo grado que en la mayoría de los demás vertebrados superiores. El principio de síntesis entre los hallazgos de la etología y el psicoanálisis no deja tampoco ninguna duda de que lo que Sigmundo Freud ha denominado “instinto de la muerte” no es más que la desviación de este instinto que, en sí mismo, es tan indispensable para la supervivencia como cualquiera otro”. (K. Lorenz. *Historia natural de la agresión*. “Lucha ritualizada”, págs. 59 a 76).

En el mismo Simposio aludido Anthony Storr, en un trabajo titulado Sucesos de la Guerra afirma: “La idea de que podemos deshacernos de la agresión me parece algo sin sentido. No hay duda de que todo lo que sabemos del comportamiento humano en grupos, contradice tal noción. Se han hecho innumerables intentos para descubrir comunidades en que no hubiesen causas de luchas, pero la lucha está allá y suele ser más destructiva donde menos se le espera (...) La agresión en el hombre es más que una respuesta a la frustración: es un intento de afirmarse a sí mismo como individuo, de separarse del rebaño, de hallar su propia identidad (...) Mi observación de individuos me lleva a suponer que la agresión se vuelve peligrosa de veras cuando se le suprime o ignora. El hombre que consigue afirmarse a sí mismo pocas veces es malo; más probable es que sea un débil el que apuñale por la espalda”. (*Historia de la agresión*, pág. 296).

Otro punto de vista es el del psicoanalista disidente F. S. Perls, que diseña un sistema de tratamiento de la neurosis por los procedimientos de la psicología de la Gestalt, sustituyendo la visión parcial de la dinámica de la libido de Freud por una del conjunto. Considera al “organismo como un todo y el predominio de la necesidad más urgente”. Hace énfasis en la captación de la totalidad en un lugar determinado y en el momento en que los fenómenos se producen en cada persona. Los impulsos de la mente forman totalidades junto con el medio. Apunta que “las relaciones existen entre el individuo y la sociedad y entre los grupos sociales no pueden entenderse sin considerar el problema de la agresión”. Sin desechar el instinto sexual freudiano, Perls, pone mayor acento en las funciones del yo y en el instinto del hambre, para explicar la agresividad y la agresión. Para este autor, “El psicoanálisis ortodoxo afirma la importancia del inconsciente y el instinto sexual, del pasado y de la casualidad, de las asociaciones, las transferencias y las represiones, pero subestima o bien desprecia las funciones del yo y del instinto del hambre, del presente y de la intencionalidad, de la concentración, las relaciones espontáneas y la reflexión”. (F. S. Perls, *Yo, hambre y agresión*, pág. 12).

El instinto del hambre se manifiesta después del nacimiento cuando el niño deja de ser alimentado por la madre a través del cordón umbilical. Para tomar el alimento el recién nacido aprieta el pezón de la madre, actividad consciente que Perls denomina: el mordisco de dependencia, primera actitud agresiva, determinada por la necesidad de alimentación que se expresa en el hambre, “Los pezones de la madre se convierten en algo que morder. Se inicia el “canibalismo” (...) Morder el pezón puede resultar doloroso para la madre. Al no percibir la naturaleza biológica del impulso de morder, o tal vez por tener un pezón dolorido, la madre puede llegar a alterarse y hasta golpear al niño “malo”. Los golpes repetidos condicionan al niño a una inhibición de morder. El morder se identifica con hacer daño o recibir daño”. Cuando el niño tiene dientes debe usarlos disponiendo los alimentos adecuadamente para la alimentación. La agresión resulta así una función del instinto del hambre.

Inhibir el mordisco, como inhibir la expresión de cualquier instinto, puede ser dañoso pues la tendencia destructora tiene una salida biológica natural en el empleo de los dientes para la alimentación. “La función destructora, dice Perls, aunque en sí no es un instinto, sino un instrumento muy poderoso del

instinto del hambre, es “sublimada” –apartado del objeto- “alimento sólido”. Se manifiesta en forma nociva: matar, hacer guerra, crueldad, etc. o por medio de retroflexión como autotortura y hasta autodestrucción”.

El descubrimiento de Perls nos enseña que cuando el instinto del hambre no encuentra satisfacción biológica en el alimento, en el que los dientes descargan la agresividad natural, ésta se transfiere a otros objetos y puede degenerar en conducta delictiva o dañosa para los individuos o para la sociedad. Por ello nos dice: “El restablecimiento de las fundaciones biológicas de la agresión es, y sigue siendo, la solución al problema de la agresión. Sin embargo, con mucha frecuencia debemos recurrir a la sublimación de la agresión, de ordinario en casos de emergencia. Cuando una persona suprime la agresión (que de esta forma no está a su disposición) como sucede en casos de neurosis obsesivas, cuando embotella su rabia, tenemos que encontrar una salida. Tenemos que proporcionarle una oportunidad de que se desahogue. El golpear una pelota de boxeo, cortar leña o cualquier otro tipo de deporte agresivo, como fútbol, a veces hará maravillas”. (Perls, pág. 151). Estos procesos los detalla este libro, en el capítulo en que nos ocupamos de “*La evolución del instinto de lucha*”.

La tesis de Perls, puede explicar las luchas entre pueblos en busca de territorios con mayores posibilidades para la alimentación y la defensa de los ocupantes de tierras fértiles que le garantizaban una supervivencia permanente. Se ha definido al hombre como a otros animales, un ser “territorial”, adherido a un territorio determinado que defiende contra invasiones extrañas. Las luchas por el territorio se extienden a la época contemporánea (guerra árabe-israelí). Los acuerdos logrados entre naciones han llevado a la delimitación de las fronteras, que dan lugar a guerras cuando son violadas. La guerra, que algunos antropólogos consideran como una creación de la cultura, tiene su origen en esa agresividad reconocida como instinto innato en el hombre, pero puede ser evitada, superados los motivos de conflicto. Afirma Lorenz, que “sabemos por otras muchas observaciones que la agresión, aunque evocada por un objeto, puede fácilmente orientarse hacia otro, si factores inhibidores evitan su descarga en dirección del estímulo inicialmente desencadenador”. (K. Lorenz, “Lucha ritualizada” en la obra colectiva *Historia natural de la agresión*, págs. 68 y 69).

Anthony Store, sostiene que “Al considerar la guerra y la oportunidad que ofrecía de expresar el lado agresivo de nuestra naturaleza, la mayoría de los autores o bien han caído en la trampa del pacifismo milenarista o han exaltado la guerra con una especie de patriotería de colegial que me resulta muy repulsiva. La guerra es un mal grande y apremiante que hay que eliminar, pero de nada sirve suponer que podemos cambiar la naturaleza humana haciéndola pacífica y mansa. Pues en nuestros esfuerzos por realizar todo nuestro potencial, la lucha y la oposición son necesarias absolutamente. Si no existen enemigos, los inventamos en seguida, como debe saberlo todo aquel que haya pertenecido a un Comité. Nuestro error es creer que todo termina con la destrucción de nuestros enemigos. Por la contrario: debemos luchar por conservarlos”: (Anthony Storr. “Sucedáneos de la guerra”, en la obra colectiva “*Historia natural de la agresión*”, págs. 207-208).

En concordancia con estas ideas, nuestro Libertador Simón Bolívar afirmaba: “El verdadero guerrero se gloria solamente de vencer a sus enemigos, mas no de destruirlos”. (Simón Bolívar, carta a Juan Bautista Pardo, Obras completas, Tom. I, pág. 191).

Algunos científicos sociales tienen respecto a la agresión opiniones contrapuestas a las de los biólogos. Aquellos no participan de la idea de un instinto o propensión innata para la guerra. Stanilav Andreski dice que: “Si los hombres tuvieran una propensión innata a la guerra, similar a su deseo de alimento o satisfacción sexual, no podría darse el caso de numerosas naciones en paz durante más de una generación. Y tampoco puede considerarse la guerra como consecuencia inevitable de la soberanía nacional, ya que hay ejemplos de Estados soberanos que no han guerreado durante más de un siglo: Suiza, Suecia, Noruega y Dinamarca. Pudiera decirse que en el caso de Suiza, rodeada por todas partes por vecinos más poderosos que ella, el pacifismo es más cuestión de necesidad que de elección, pero en lo tocante a las naciones escandinavas es evidente que, aunque fuesen demasiado débiles para combatir a sus vecinos del Sur, podían haberlas hecho entre ellas, como lo han hecho otros tantos Estados pequeños”.

Establece este autor que la agresividad está determinada por problemas sociales. “La única área realmente pacífica del mundo –Escandinavia- carece de autoridad suprema, y la causa real de su pacifismo es que está libre de

pobreza y despotismo. Lo mismo vale para la paz interna: solo los países en que no hay ni pobreza ni despotismo no sufren violencia interna”.

“En condiciones miserables, continúa diciendo Stanislav Andrski, la vida –ya propia o la de otros- no es valorada, lo cual facilita grandemente la propaganda de guerra. En una sociedad industrial el desempleo no sólo acarrea pobreza sino que también rompe los vínculos sociales y crea una gran masa de hombres desarraigados cuyo deseo frustrado de un puesto en la sociedad puede llevarlos a favorecer medidas de regimentación colectiva. Además, cuando no hay lo suficiente para satisfacer las necesidades elementales de la población, la lucha por las buenas cosas de la vida se vuelve tan encarnizada que el gobierno democrático, que siempre pide autorrestricciones y tolerancia, se torna imposible, y el despotismo es el único tipo de gobierno que puede funcionar. Pero el poder absoluto crea el peligro de que el déspota lleva a su país a la guerra, para satisfacer su anhelo de poder y gloria (...)

“Es evidente que siempre tiene que haber alguna lucha en las sociedades humanas, pero sólo si es por las necesidades vitales habrá muertes. Pero preguntamos: ¿Por qué los hombres combaten por las necesidades vitales? ¿Por qué no comparten las cosas sencillamente y viven en paz? La respuesta la dio Malthus”. (Stanislav Andrski. “Origen de la guerra”, en la obra colectiva *Historia Natural de la agresión*, págs. 193, 195 y 198).

Para Sanford, según John Burton: “No puede citarse la inherente agresividad del hombre como un factor inevitable de la guerra”.

Burton afirma que: “Agresión” es un término empleado muy comúnmente por quienes están satisfechos con el statu quo y se oponen a trastornar el orden existente. Año tras año, los estudios de las relaciones internacionales han tendido a concentrarse en la conservación de un orden existente; equilibrio de poder, seguridad colectiva y gobierno mundial: todo tiende a actuar a favor de quienes están satisfechos. El mecanismo de cambio pacífico no es cosa que haya recibido atención adecuada. Si hubiera que suponer que toda acción aparentemente agresiva se debía a algún resentimiento de injusticia o sentido de frustración, y si hubiera que buscar la causa de esto, aparecería la agresión bajo una luz diferente. Lo que se pide al científico social es más estudio del

cambio; la percepción del cambio, los diferentes efectos sobre las partes interesadas del cambio introducido por agentes objetivos –como los Estados o los monopolios-; los modos de ajustarse pasivamente al cambio, de tal manera que el ajuste no lleve a más respuestas agresivas por parte de otros: la máquina internacional que asegure que la percepción del cambio no es deformada volviéndola percepción de un acto deliberado de agresión”. (John Burton. “Como se revela la naturaleza de la agresión en la edad atómica”. En la obra colectiva *Historia natural de la agresión*, págs. 217 y 221).

Para enfrentar la idea de Lorenz y la de otros autores que la siguen o reafirman Erich Fromm escribió un grueso volumen, de más de 500 páginas, titulado “*Anatomía de la destructividad humana*”. Este notable psicoanalista disidente, de gran influencia en los medios científicos donde se aplican sus tesis de un psicoanálisis ligado a la Sociología, se muestra contrario a Freud y a Lorenz sobre la existencia de un instinto agresivo innato en los seres humanos. Según él “la agresión y la destructividad no son impulsos dados biológicamente y de fluir espontáneo”.

Para Fromm son “pulsiones orgánicas” aquellas cuya misión es garantizar la supervivencia del individuo y de la especie y “pulsiones no orgánicas” (pasiones radicadas en el carácter), las no programadas filogenéticamente y no comunes a todos los hombres: el deseo de amor y libertad, la destructividad, el narcisismo, el sadismo, el masoquismo.

“Con frecuencia, dice Fromm, esas pulsiones no orgánicas que forman la naturaleza del hombre se confunden con las pulsiones orgánicas. Por ejemplo, en el caso del impulso sexual. Es una observación psicoanalíticamente bien establecida que a menudo la intensidad de lo que se siente subjetivamente como deseo sexual (incluso sus manifestaciones fisiológicas correspondientes) se debe a pasiones no sexuales, como el narcisismo, el sadismo, el masoquismo, la ambición de poder y aún la ansiedad, la soledad y el tedio. (...)”

“Al nacer un individuo no deja de tener su fisonomía. No solo nace con disposiciones heredadas, temperamentales y otras, genéricamente determinadas que tienen mayor afinidad con unos rasgos del carácter que con otras, sino que los acontecimientos prenatales y el nacimiento mismo forman disposiciones adicionales. Todo esto compone como quien dice el rostro que

tiene el individuo al nacer, después entra en contacto con cierto tipo particular de medioambiente –padres y otras personas importantes en torno suyo- al que reacciona y que tiende a influir en el desenvolvimiento ulterior del carácter. A los 18 meses, el carácter del infante está mucho más formado y determinado que al nacer. Pero todavía no está completo y su desarrollo podría evolucionar en diversas direcciones, según las influencias que operen en él. A eso de los 6 años, el carácter está aún más firme y definido, aunque todavía puede cambiar si se presentan circunstancias importantes que lo provoquen. Hablando de un modo más general, la formación y fijeza del carácter han de entenderse en función de una escala móvil; el individuo empieza la vida con ciertas cualidades que le hacen ir en determinada dirección, pero su personalidad es todavía suficientemente maleable para dejar que el carácter se desarrolle en muchas direcciones diferentes dentro del marco dado. Cada paso que da en la vida reduce el número de posibles resultados futuros. Cuando más fijado está el carácter, mayor debe ser el imperio de los factores nuevos para que se produzcan cambios fundamentales en la dirección o la evolución ulterior del sistema. Al final, la libertad de cambiar es tan ínfima que sólo un milagro parece sería capaz de efectuar un cambio (...)

“El número de posibilidades reales de que el carácter se oriente en diferentes direcciones está en proporción inversa de la fijeza del sistema del carácter asumido. Pero en principio, el sistema de carácter nunca está tan cabalmente fijado que no puedan suceder nuevos cambios a consecuencia de experiencias extraordinarias, aunque estadísticamente hablando esos sucesos no sean probables”. (Erich Fromm. *Anatomía de la destructividad humana*, págs. 366-367).

Las pulsiones orgánicas o instintos de que habla Fromm las llamó Hein Rotle, citado por Lorenz, impulsos propios de la especie. Esta palabra impulso la consideró el propio Lorenz como menos confusa que la de instinto. Las denominaciones de Fromm no destruyen la ambigüedad, a pesar de que tienden a establecer diferencias que pueden ser importantes para el estudio del carácter pero que no introducen variación en cuanto a la naturaleza del impulso instintivo.

El libro de Fromm, tan lleno de sugerencias, es de gran importancia. Por una parte permite señalar las relaciones y diferencias entre Freud y Lorenz,

diciendo que este último se ocupa de los animales, y sobre todo de los animales inferiores (exagerada afirmación), mientras el primero estudia al hombre en su comportamiento manifiesto y en las diversas expresiones de su inconsciente. Analiza ambientalista y conductistas. Los primeros consideran al comportamiento del hombre modelado exclusivamente por las influencias del medio expresado en sus factores sociales y culturales, sin tomar en cuenta los elementos innatos. De ello parece tomar Fromm los principios modeladores del carácter a que nos hemos referido antes, no obstante que en estos la innatidad estaba presente en los precursores cuando afirmaron con Rousseau que el hombre nace bueno, que es el medio el que lo pervierte.

Al tratar los conductistas destaca Fromm la forma mecanicista del sistema que se ocupa del comportamiento externo sin tomar en cuenta las motivaciones, por eso definen la agresión como “una reacción que comunica estímulos nocivos a otro organismo”. Según la afirmación de Buss, para quien además: “hay dos razones para excluir el concepto de instinto de la definición de la agresión. En primer lugar, implica teleología, una acción objetiva dirigida a un fin futuro y este modo de ver, no concuerda con el enfoque conductista de este libro (el libro de él). El segundo, y más importante, es la dificultad de aplicar este término a los sucesos conductistas. El intento es un suceso privado que puede o no ser susceptible de verbalización, que puede o no reflejarse exactamente en una expresión verbal. Podríamos dejarnos inducir a la aceptación de que el intento es una inferencia e la historia de los esfuerzos del organismo. Si se ha reforzado sistemáticamente una reacción agresiva por una consecuencia concreta, como la huída de la víctima, podría decirse que la recurrencia a la reacción agresiva entraña un “intento de provocar la huída”. Pero este tipo de inferencia es superfluo en el análisis del comportamiento y es más fructífero examinar directamente la relación entre la historia de los refuerzos de una reacción agresiva y la situación inmediata que produce la reacción. En resumen el intento es torpe e innecesario en el análisis del comportamiento agresivo; lo más importante es, antes bien, la naturaleza de las consecuencias reforzadoras que afectan al acaecimiento y la fuerza de las reacciones agresivas. Es decir, lo que importa es saber qué clase de reforzadores afecta al comportamiento agresivo”. (A. H. Buss. Ver Fromm, obra citada, pág. 57).

Los conductistas han aportado numerosos estudios para el análisis de la conducta agresiva. En el simposio sobre Modificación de la Conducta, celebrado en la ciudad de México en 1973, el objetivo era demostrar la posibilidad de comprobar rigurosamente los problemas de la violencia social, experimentalmente en los laboratorios. Los esfuerzos de ese simposio constan en la obra donde Alber Bandura y Emilio Ribes Ingesta recogieron los once trabajos allí presentados, en la que participaron 22 colaboradores de México y los Estados Unidos.

Las conclusiones de esos trabajos inciden sobre la importancia del medioambiente tanto físico o humano, especialmente la naturaleza y las creaciones del hombre, “Muchos de los grandes problemas a que se enfrenta la sociedad industrial de nuestro tiempo, son precisamente resultantes de esas alteraciones conscientes del medio”. (Emilio Ribes Ingesta. “Algunas consideraciones sociales sobre la agresión”. Modificaciones de Conducta. Análisis de la agresión y la delincuencia, pág. 15).

Observamos que el hombre ha creado las crecientes concentraciones urbanas y con ello condiciones que en concepto de Lorenz aumentan la agresión en lugar de terminarla.

Afirma Skinner que “no podemos dejar de considerar como errónea la posición teórica de los etólogos, quienes pretenden que la agresión no es evitable; pues precisamente del conocimiento científico de los determinantes ambientales y ecológicos que la controlan (y de sus efectos indirectos sobre el medio interno del organismo), es de donde obtendremos los medios necesarios para construir un sistema social o medio ecológico humano que haga imposible el surgimiento de la agresión”. (Cita de Ribes Ingesta. Obra citada, pág. 15).

Es del mismo Skinner la afirmación de que “la solución ambiental se torna más plausible a medida que sabemos más de las contingencias. La agresión filogenética puede reducirse al mínimo, minimizando a su vez los estímulos eductores y desencadenantes. La conducta adquirida por infligido a otro, pero puede reducirse rompiendo las exigencias: creando un mundo en que muy pocas conductas causen los tipos de daño que sean reforzantes (...) En resumen, podemos resolver el problema de la agresión construyendo un mundo en donde el daño a los demás no tengan ningún valor de supervivencia, y que, por esa u otras razones, no llegue nunca a funcionar como reforzador.

Será, por necesidad, un mundo en que las conductas no agresivas sean reforzadas abundantemente con base a programas eficaces” (cita de Ribes Ingesta).

En el trabajo de que nos venimos ocupando se define la violencia como inherente al sistema social. “La violencia en el ser humano no es un fenómeno individual sino un fenómeno social, y como tal la violencia arranca originalmente del sistema y no del individuo (...) es decir, para eliminar la agresión como fenómeno humano debemos cambiar el sistema social, de división de clases, que general el problema. Sin cambio de la estructura social, o sea de los complejos sistemas de contingencias que definen las relaciones de producción y apropiación de la riqueza, no puede plantearse seriamente la posibilidad de un mundo sin agresión ni violencia”.

Esta tesis revolucionaria plantada por los conductistas no es extraña a los instintivistas, sólo que estos, más humildes en sus aspiraciones, se plantean los procesos de desviación, canalización o sublimación del instinto agresivo mediante procesos de socialización en los cuales la energía del instinto no destruye sino que se emplea en la transformación de la sociedad y en la creación de nuevas transformaciones que hagan posible el proceso revolucionario. Esa es la función de una educación en la cual todas las fuerzas del proceso del desarrollo espiritual, están dirigidas a la creación de un hombre socialmente útil.

Tal es la tesis que sostenemos en esta obra y que nos agrada encontrar confirmada en la más reciente bibliografía sobre la materia que hemos examinado.

Las ideas de los conductistas sobre la importancia del ambiente vendrían a confirmar afirmaciones de Lorenz y de otros etólogos. Estos encontraron que la superpoblación en un medio determinado exacerba la agresividad. Como ya indicamos más arriba, el cautiverio en espacios limitados conduce a la lucha de los animales cautivos que así llegan a la muerte Inter.-específica que no es corriente en el ambiente natural.

Se observa en las ciudades modernas la creación de condiciones inhóspitas de vivienda, sobre todo en los llamados barrios marginales. En Caracas y otras ciudades venezolanas vive en esa clase de barrios más de la cuarta parte de la población. Son los individuos de estos barrios los que

presentan mayor agresividad. Las condiciones ambientales como en el caso de los animales en situación de cautiverio provocan riñas y agresiones y muy a menudo la muerte de uno o más miembros de la comunidad. La delincuencia tiene allí espacio propicio para prosperar.

Según el doctor José Rafael Mendoza, refiriéndose a Venezuela y a Caracas en particular, “Las oscilaciones económicas y políticas, el aumento del costo de la vida, la dificultad para obtener vivienda, el acrecimiento de la inmigración y la entrada de extranjeros han traído por consecuencia un aumento de la criminalidad (...) si se piensa que la mayoría de los delitos tiene la finalidad de satisfacer las necesidades humana por medios ilegales, luego las condiciones económicas influyen enormemente sobre la criminalidad”. (Cita de Elio Gómez Grillo, *Delincuencia en Caracas*, pág. 120). El área donde está asentada la ciudad de Caracas, además de quebrada e irregular, tiene una cabida de 360,3 km². En ese pequeño hábitat viven cerca de tres millones de personas, el 20% de la población de Venezuela. El doctor Gómez Grillo señala que nuestra capital es un área criminógena, pues en ella, para 1960 “se cometieron el 67,33% de los delitos contra la propiedad y el 40,41% de todos los delitos contra personas registrados en Venezuela”. De tal fecha señalada a nuestros días el índice de criminalidad ha crecido, porque las condiciones han empeorado. En la misma fecha indicada por el distinguido criminólogo, Caracas tenía un índice de delitos contra la propiedad diez veces mayor que Maracaibo y veinte veces mayor que Valencia, en proporción con la población. se observa que las cifras dadas se refieren a los delitos conocidos y sentenciados, que “es una fracción de la delincuencia real”. Fija Gómez Grillo como causas predominantes del delito en Caracas la desintegración familiar. “Entre el 70 y 80% de los menores con trastornos de conducta son hijos abandonados por los padres”. Se cuentan como causas también el analfabetismo o deficiente educación; la explosión demográfica de la ciudad a la cual concurren campesinos en busca de trabajo, inmigrantes y personas desplazadas de otras zonas. En la ciudad se vive en condiciones de apretujamiento; el promedio de desnutrición señalado actualmente para la zona en el Hospital de Niños “J. M. de los Ríos”, es de 43% de los menores de 12 años. Caracas ocupa el primer lugar de la República en homicidios y suicidios. (Ver Elio Gómez Grillo, *Delincuencia en Caracas*).

Se pretende corregir estos males sociales adoptando medios represivos cuando lo aconsejable sería resolver los problemas sociales del ambiente que es la causa de la incidencia delictiva. Ya en el prólogo de la segunda edición de esta obra referimos las experiencias del doctor Hernán Quijada que estudió las familias ubicada en barrios marginales, con madres de varios hijos de padres diferentes, que hace crecer en los niños, no la imagen del padre protector sino la de un intruso y agresor que le resta parte de la atención de la madre. La promiscuidad, la falta de atención asistencial, la carencia de escuelas, de campos de juego y deporte, deplorable estado sanitario, conforman todo un cuadro de circunstancias en las cuales el instinto agresivo del venezolano se exagera y en lugar de una derivación por el deporte, el juego, el trabajo dirigido o la canalización en talleres organizados para el aprendizaje o el uso del tiempo libre, encuentran terreno abandonado para la acción delictiva, el vagabundeo, o la vagancia. El aprendizaje del delito se realiza en las pandillas organizadas, dirigidas y aprovechadas por adultos que construyen azotes peligrosos para los habitantes de la ciudad.

Como se señala en esta obra el deporte sirva para canalizar adecuadamente la energía del instinto agresivo. En el campo de juego el niño adquiere el respeto a la norma y el comportamiento leal a los compañeros. Aprende el espíritu deportivo con el cual perder o ganar es indiferente si se logra el objetivo presente en la práctica deportiva que no es otro que cuidar la salud, promover el desarrollo, y crear condiciones de sociabilidad en los jugadores. Sin embargo, Erich Fromm advierte que: “El último de los cuatro preceptos de Lorenz es “canalizar el entusiasmo militante”; una de sus recomendaciones especiales es el deporte. Pero la verdad es que los deportes competitivos estimulan mucha agresión. Hasta qué punto es así, pudo verse últimamente en Latinoamérica, donde los hondos sentimientos despertados por un match de fútbol internacional ocasionaron una pequeña guerra.

“No hay prueba de que el deporte reduzca la agresión, insiste Fromm, y al mismo tiempo debemos decir que no hay pruebas de que el deporte tenga por motivo la agresión. Lo que suele producir la agresión en los deportes es el carácter de competencia del suceso, cultivando en un clima social competitivo incrementado por una comercialización general, en que los fines más atractivos no son ya el orgullo por la proeza sino el dinero y la publicidad. Muchos

observadores atentos de los maltratados juegos olímpicos de Munich han reconocido que en lugar de fomentar la buena voluntad y la paz, habrán fomentado la agresividad competitiva y el orgullo nacionalista”. (Fromm obra citada, págs. 44-45).

El desgraciado incidente a que se refiere Fromm es la llamada guerra del fútbol, entre Honduras y El Salvador, pero por desconocimiento de la realidad atribuye al fútbol lo que fue una guerra por pleitos de fronteras y expulsión de las tierras hondureñas de una gran porción de salvadoreños que las ocupaban ilegalmente. Cuando se produjo el incidente en el estado de San Salvador hacía tiempo que las tropas salvadoreñas estaban en la frontera de Honduras. Ni siquiera puede hablarse de un incidente desencadenador, porque ya la guerra estaba en marcha. Por otra parte el deporte rentado de las competencias internacionales o nacionales no puede servir de ejemplo, porque las fuertes sumas puestas en los eventos son capaces de producir los más serios choques entre los empresarios ligados estrechamente a los gobiernos de los que concurren a los juegos internacionales. El deporte canalizador de la energía del instinto agresivo es el que se juega en cada país, en todas las localidades, en los establecimientos educativos bajo la vigilancia de maestros entrenadores y como parte del proceso educativo de la mente y del cuerpo de adolescentes y de jóvenes. Ese no puede provocar incidentes internacionales ni guerra de fronteras.

No quiero terminar esta larga introducción sin aludir al meduloso ensayo de Herbert Marcuse sobre “La agresividad en la sociedad industrial actual”.

El distinguido filósofo denomina sociedad opulenta a la actual estructura orgánica de la sociedad industrial de los Estados Unidos, cuya técnica altamente desarrollada provoca el despilfarro y la suntuosidad, con un standard de vida acrecentado cada año; concentración de los poderes económicos e intervención creciente del Estado, desarrollo de la investigación y manipulación de los individuos en las horas del trabajo y del ocio. Esa sociedad dentro de su normalidad es una sociedad enferma. Su único objetivo es la eficiencia y el éxito financiero. Las cualidades que la distinguen son la inescrupulosidad, la indiferencia moral y la agresividad permanente. Su efecto sobre el ser humano es de mutilación y distorsión. El hombre dentro de esa sociedad está alienado, los procesos tecnológicos pavorosamente eficaces movilizan a los hombres.

“De este modo, dice Marcuse, tropezamos con el verdadero antagonismo que se transmite de la estructura social y la estructura síquica de los individuos. Aquí despiertan y aumentan las tendencias destructivas que de una manera apenas sublimadas se hacen útiles en la conducta de los individuos, tanto en el nivel personal como político y de este modo en la conducta de toda la Nación. La energía destructiva se transforma en energía socialmente útil y los impulsos agresivos nutren el progreso: progreso económico, político y técnico. Al igual que en el moderno establecimiento científico, en la empresa comercial y en la nación como totalidad, estas potencias constructivas y destructivas sirven por igual a la producción y a la aniquilación de productos; a la vida y a la muerte; procrear y matar están indisolublemente ligados. Si por ejemplo se eliminara la utilización de la energía atómica, se disminuiría al mismo tiempo su potencial, tanto pacífico como militar; el mejoramiento y afianzamiento de nuestras condiciones de vida se presentan únicamente como producto derivado de una investigación científica que está al servicio de la aniquilación de la vida”.

Aquí Marcuse hace alusión al dualismo freudiano de los instintos de vida y muerte y continúa diciendo: “A pesar de lo estrecho y eficaz de esta unión sus cualidades respectivas permanecen inalterables y se oponen mutuamente. El impulso de agresión “tiende”, a pesar de toda sublimación hacia la muerte, mientras que el amor trata de mantener, proteger e incrementar la vida. En consecuencia, el impulso de destrucción sólo puede ser útil a la cultura y al individuo en tanto esté al servicio del amor; si la proclividad a la agresión es más fuerte que la contraparte condicionada por el amor, la tendencia se invierte. Pues de acuerdo con la interpretación de Freud la energía destructiva no puede robustecerse sin debilitar la energía de Eros: la dinámica de los instintos es mecanicista repartiéndose un quantum de energía ya existente entre los dos instintos base. El resultado es la deshumanización; la condenación del hombre a la intranquilidad y aislamiento con pérdida de la independencia, la iniciativa y la libertad de movimiento es el proceso de frustración de la humanidad que normaliza el horror y conduce a la habituación de la guerra que es impuesta a un hombre que gracias a la habituación se familiariza con la “cuota de muerte”.

La máquina hace al hombre un pobre guiñapo, ya matar no es cuestión de hombre a hombre. La muerte se produce a distancia.

¿No es horrible este panorama para la humanidad? A pesar de la esperanza que anunciaron los conductistas de un cambio de sistema en un país en el que el condicionamiento del hombre no se está haciendo para vivir sino para morir, la esperanza pierde sentido porque entre los atuendos de la técnica, el hombre no es ya dueño de su propio destino, del cual la esperanza es la forma ideal de creación de un futuro mejor.²

L.B.P.F.

[Semana Santa de 1978]

² Los interesados en profundizar el tema encontrarán al final de esta obra una moderna bibliografía.

INTRODUCCIÓN

Asistimos a una revisión total de los conceptos. Época hubo en que un desprecio de la vida hacia que el hombre huyese de sí mismo como espantado de su pestilente humanidad; se menospreciaba el cuerpo, pasajera habitación del alma a la que era necesario libertar para la gloriosa vida independiente. La carne percedera era fuente del pecado y había que apartarse de ella para escapar a la tentación y entre tanto se le huía, como la sombra, acompañaba siempre al mortal espantado.

Hablar de instintos, de impulsiones naturales, de sexualidad era, si no pecado, cuando menos impuro, y sólo para maldecirles podría tratarse de ellos, y los que así pensaban sufrían, víctimas de su carne torturada, de sus instintos reprimidos, que disfrazados se vengaban de la presión horrible a que se les sometía y como rugiente jauría encadenada tomaba su desquite en las horas de reposo, en los sueños atormentados y en angustiosas pesadillas; porque una total ignorancia de lo que la vida significa, de lo que ella vale situó el centro de gravedad de nuestra existencia más allá de nuestro alcance. “La vida es un diálogo entre Ariel y Calibán, entre Sancho y Alonso Quijano; el uno predica sus ideales, el otro defiende sus deseos. Los apetitos groseros de Calibán se oponen a la libertad del espíritu. Alma y cuerpo son antagónicos en este sentido: cuando la materia se degrada hasta revolcarse en el fango. Pero cuando el cuerpo se dignifica y encauza racionalmente su deseo desaparece la oposición y la materia ya purificada de la escoria, marcha de consumo junto al ideal, ambos se complementan y se transforman sin discrepancias, acordes, como la música pitagórica de las esferas”. (Manuel Duarte Guillén).

Era necesaria esa revisión de los conceptos de que hablamos antes. Ahora los instintos son considerados, quizás supervalorados y hasta exagerados, como fuentes de nuestros impulsos, raíz primera de nuestras acciones, y la necesidad de satisfacerlos como fin que oriente nuestra vida. La no satisfacción, la represión es causa de enfermedad. Mas, para operar ese cambio de ideas fue necesario que voces comprensivas se alzarán en la noche de los prejuicios y dijeran que era inhumano y hasta dañoso para el individuo y

para la sociedad esa prevención hostil contra los instintos y sobre todo contra el instinto sexual, y Freud entona un himno al instinto, que a través de toda su obra resuena armonioso y esperanzados, como una invitación a la vida sana. Luego otros investigadores, siguiendo las rutas del médico vienés o echando a andar por otros caminos, han completado la obra revaloradora de los impulsos, y Adler, Jung, Pffister y otros aclaran y completan las observaciones del maestro.

El Psicoanálisis ha arrojado un poco de luz sobre el desconocido inconsciente y ha hecho ver que si el instinto es una fuerza natural necesaria para la expansión y conservación de la vida, lo indicado entonces no es destruirlo, reprimirlo, sino canalizarlo para aprovechar mejor su energía. El torrente destructor conducido a través de cañerías riega sembrados, promesas de frutos, mueve turbinas, alumbrando ciudades y es fuente de progreso. Si el torrente destruye, culpa no es de él sino de la ineptitud de los hombres que no saben canalizarlo. Sería entonces estúpido arremeter contra el torrente. De igual manera, si el instinto, carga de energía de nuestro cuerpo, se desborda y destruye, habrían de imputarse tales hechos a una defectuosa educación, y tratamiento que no favorecieron su racional canalización.

La doctrina del Psicoanálisis, no obstante sus exageraciones, que no pueden ser atribuidas todas a su fundador, ya que él no podía hacerlo todo, encontró que el instinto es una función normalmente útil al individuo y cuya actividad debe ser expedita y que interviene cuando obran causas internas, como reacciones hormonales o cuando causas exteriores lo estimulan. En la vida ordinaria, los instintos que necesitan llenar su cometido a menudo son entorpecidos por un obstáculo que se les opone o por la falta de su objeto propio, o bien porque instintos más poderosos arrastran tras de sí a los instintos más débiles para una preferente realización, o porque una inhibición voluntaria o una causa social consideran perjudicial la normal actividad de un instinto. Las causas que se oponen a la libre satisfacción de un instinto pueden ser físicas y sociales, fisiológicas y psicológicas. En todos estos casos nos encontramos en presencia de lo que en términos de Psicoanálisis se conoce con el nombre de *represión*.

Un instinto reprimido no desaparece, no muere, sino que se refugia en lo inconsciente conservando siempre su potencial energético, y en su vida

subterránea y activa provoca multitud de trastornos, conduce a la enfermedad, a la neurosis. Por eso debe evitarse la represión, y cuando el mal funcionamiento de un instinto no es posible por un motivo cualquiera que se considere igualmente útil para el individuo o para la sociedad, lo prudente será canalizar su energía dirigiéndolo a una actividad provechosa o sublimarlo, es decir, ponerlo al servicio de una idea elevada o ideal superior.

La represión no produce siempre resultados perjudiciales. En algunos casos es favorable el desenvolvimiento del individuo. Todos, cual más, cual menos, tenemos represiones. Pero cuando el instinto posee una gran energía y se le reprime, no momentáneamente sino de una manera sistemática, se produce lo que se llama un complejo, especie de nudo o centro de convergencia de multitud de emociones o estados efectivos patológicos. Los complejos son producidos por una causa generalmente de orden social, que obra permanentemente sobre el instinto, causa que Freud denomina censura. Pero el instinto lucha con este obstáculo y en su desesperada búsqueda de una salida inventa simbólicos disfraces con los que aparece a la plena conciencia con aspecto desconocido.

El mérito del Psicoanálisis no está solamente en haber descubierto los complejos y sus causas, sino en haber encontrado una fórmula para restituir el espíritu a la salud destruyendo los complejos (forma terapéutica) o dando normas para evitar los complejos (forma preventiva). De tal manera, el Psicoanálisis se nos presenta como una doctrina y como un método curativo y preventivo, y por que sus principios pueden ser aplicados no sólo en medicina, sino también en educación³, los pedagogos y psicólogos modernos ponen en manos de los maestros (con habilidad y conocimientos suficientes, porque de lo contrario sería peligroso) este nuevo procedimiento de educación de los instintos. Pero creemos que la misión del maestro debe ser sólo preventiva, poniendo la curación y tratamiento a cargo de médicos u otras personas especializadas, pues como observa Ferriere: "Siempre que el educador se ingenie a tiempo no tendrá que psicoanalizar complejos reprimidos; tiene frente

³ Psicoanalistas de la autoridad de Junga reconocen el valor eminentemente educativo del método psicoanalítico, si es bien comprendido y manejado debidamente y siempre que no se aplique pura y exclusivamente con fines educativos el análisis freudiano, sino con las modificaciones introducidas por las recientes investigaciones, que convierten al primitivo método en una concepción psicológica general (Véase C. G. Jung, *Lo inconsciente*. Pág. 87)

a sí instintos, y todo instinto por el mismo hecho de existir, desempeña un papel biológico útil; basta evitar, según Virchow, la acción excesiva, escasa o fuera de lugar; separar las causas indebidas de represión y cuando es necesario de grado o por fuerza dominar un instinto que se ha hecho tiránico, semejante a un cachorro de león que crece, el papel del educador es orientarlo hacia actividades útiles que substituyan a las manifestaciones brutas inadmisibles. Es preciso dominar a la naturaleza obedeciéndola”.

Se ha calificado de inmoral la teoría psicoanalítica de Freud, por la constante alusión que hay en toda su obra al instinto sexual o libido, que él considera fundamental y más poderoso que los otros instintos, y cuya represión, por las condiciones de nuestra sociedad, son más frecuentes y dañosas. Pero en realidad, podrá haber exageración y hasta abuso en el uso de ciertos términos, atrevimiento si se quiere, pero nunca inmoralidad. Freud mismo, defendiéndose de esa crítica mal intencionada de los detractores incomprensivos de su teoría, expresa: “No quiero que se vea en mi doctrina una obsesión sexual. ¡Eso es falso! A mis ojos la “libido” no expresa todo el hombre, que encierra otros muchos recursos psicológicos. Además, en mi sistema, la libido no significa el solo placer genital sino el deseo en general. Ya ha sido definido de antemano por Platón cuando definió a Eros, y también por Pablo el apóstol. Es un principio de atracción, eso es todo... Mi método no se limita a la sexualidad”. (Cita de Ferriere).

La teoría psicoanalítica tiene un fundamento moral, ya que es su preocupación deshacer los complejos para canalizar los instintos reprimidos llevándolos a una normal satisfacción, cuando ello es posible, o conduciéndolos sublimados a una realización ideal *Canalizar, sublimar* son términos de Psicoanálisis con los cuales se expresa que el hombre debe ser conducido de la animalidad primitiva del instinto, a la cual sólo da satisfacción la vida salvaje que se aparta de la comunidad humana, para llevarlo a la paz interior y vida de plenitud que se realiza en los planos ideales de la existencia⁴.

⁴ “El proceso cultural consiste en una doma progresiva de lo animal en el hombre, es un proceso de domesticación que no puede llevarse a cabo sin rebeldías por parte de la naturaleza animal ansiosa de libertad. De tiempo en tiempo, una especie de embriaguez acomete a la humanidad que va entrando por los rieles de la cultura”. (c. G. Jung, *ob. cit.* Pág. 40).

LA LUCHA, INSTINTO FUNDAMENTAL

Sus relaciones con el instinto sexual

La lucha es un instinto fundamental de los seres vivos. Hay un impulso que guía al ser, permanentemente inadaptado, en busca de una adaptación que favorezca la expansión de la vida. El movimiento constante para alcanzar esa adaptación y la persistencia del esfuerzo para conservarla una vez lograda, es la expresión del instinto de lucha.

El ser se defiende y ataca, es víctima y victimario. Se lucha contra el ambiente, contra los seres que nos rodean, porque el instinto manda. Pero parece que siempre van aparejados el instinto de lucha y el instinto sexual y que hay entre ellos una estrecha relación, por lo cual S. E. Coultts expresa que: “La tendencia a la combatividad acompaña a la actividad generadora. Parece que la naturaleza lo hubiera dispuesto así, aun más: que fuese indispensable la lucha como preámbulo de la unión de los dos sexos, y con un fin natural de selección”.

La hembra y el alimento, el instinto de conservación y el de reproducción, son los dos grandes motores de la actividad. La hembra es la presa ansiada y ella se entrega sin resistencias, al macho vencedor. Cuando dos machos luchan, las hembras les rodean, sus ojos angustiados, donde retrata la especie sus ansias de perpetuarse, siguen los movimientos de los contrincantes. Caen unos para no levantarse, otros alardean de la victoria y la hembra sumisa y obediente cumple sus compromisos con la especie. Y es ley de ese instinto de lucha avasallados que haya vencidos y vencedores, y en los estadios salvajes de la evolución los vencidos desaparecen, porque ni las hembras ni los alimentos son suficientes para satisfacer a todos. Matar, exterminar es ley de los fuertes cuando el instinto manda. Sólo la civilización, la convivencia social impiden que los débiles sean exterminados por los fuertes y que la hembra empuje al hombre al homicidio, porque la represión social y el temor a los castigos detienen el ímpetu exterminador.

Ahora bien, si la lucha se relaciona íntimamente con el cumplimiento de la función genésica, por la posesión de la hembra: ¿por qué luchan los niños aun en una edad en la cual su instinto sexual no ha alcanzado todavía desarrollo para la procreación? El instinto sexual existe siempre, pero su ejercicio se encuentra diferido. Por eso podría pensarse en la teoría del preejercicio de Gross, y decir que estas luchas de los muchachos tienen por objeto prepararlos para las futuras contiendas a que habrá de someterles el instinto sexual. Pero no obstante esa íntima relación entre el instinto sexual y el instinto de lucha, es necesario reconocer a este último cierta autonomía.

En los muchachos la hostilidad es más marcada, no hay interés en disimularla, se pelean por todo y por nada y sin saber por qué. De ellos, con más propiedad, podría afirmarse, como lo hace Simmel con respecto a todos los individuos, que “en la enemistad es frecuente que la causa y el efecto sean tan incoherentes y desproporcionados, que no puede saberse bien si el aparente objeto de la lucha es, en efecto, la causa de esta o sólo la manifestación de una hostilidad ya existente”. Y es porque la lucha proviene como un estímulo interno de ese instinto de observación psicológica dice Unamuno que “cuando los chicos se zurren, es que el cuerpo les pide zurra, y lo que parece motivo no es sino el pretexto que ese prurito busca; la voluntad inventa los motivos”.

La pugnacidad tan marcada de los muchachos recuerda a las tribus salvajes y esto sucede precisamente, porque según las enseñanzas de la psicología genética, el individuo reproduce en su evolución cada una de las etapas por donde ha atravesado la humanidad en su camino ascendente hacia la civilización. El niño es en cierta manera un salvaje, y hay interés en que lo sea, pues como afirma Hall, mientras mejor salvaje crezca será más perfecto civilizado.

Hay una época en la cual la pugnacidad de los muchachos llega a su máximo, y es precisamente en las proximidades de la pubertad y en todo el período que dura ésta: entre los diez y los quince años, época de la escolaridad. De ahí el interés que reviste el estudio de esta cuestión para padres y maestros.

DIFERENTES CLASES DE LUCHA

Pierre Bovet, divide las luchas de los muchachos en dos categorías: luchas por posesión y luchas de juego y procura encuadrar en estas dos categorías las diferentes variantes de peleas infantiles.

En las luchas por posesión un objeto cualquiera provoca el choque, no importa cuál sea su valor y no requiere tampoco que sea una cosa material. Una calificación escolar, una mención en el boletín de la escuela puede determinar el combate. La envidia, sentimiento egoísta, muchas veces se encuentra como estímulo de las luchas y el sentimiento de inferioridad refuerza el orgullo, que lanza al individuo a una contienda que lo colocará por encima del beneficiado con una distinción u objeto cualquiera. La bella película exhibida ha poco en Caracas: "Hombres del mañana", es una documental exposición acerca de estas luchas por posesión. Un terreno para jugar beisbol desencadena la pugnacidad entre los dos bandos. No se mide la legitimidad de las pretensiones de cada uno, ni el alcance de los actos ejecutados. Se persigue un objetivo y a él se encaminan directamente. El director de la película se muestra aquí conocedor de la psicología de los muchachos, y aun cuando algunos subrayan el carácter antitético de la cinta, que indudablemente aparece entre líneas y sin que el autor se lo propusiera expresamente, lo que por sobre todo la hace más hermosa y pone a los actores en su terreno propio, es precisamente el desarrollo infantil de su argumento, que sin falsedad, con naturalidad, presenta una fase crítica del instinto de lucha de los niños, de tal manera que contemplándola, todo el que haya vivido su vida de niño intensamente, mira en ella un pedazo de su niñez reproducido, con todo su dramatismo o con toda su ingenuidad.

Las luchas de juego son más frecuentes: son verdaderos ensayos preparatorios en los que por hacer alardes de fuerza, los muchachos se pelean. Sin rencores, comienzan por una broma y terminan a poco rato golpeándose terriblemente, sin que estas disputas entibien las relaciones entre los contrincantes. Pelean por ver quién es el más fuerte, por saber de cuánto es capaz cada uno y probado esto se reconcilian vencido y vencedor. No obstante, las condiciones desiguales de una lucha de juego entre niños podrían

provocar en los menos favorecidos físicamente el empleo de medios ilícitos o recrudecimiento de la crueldad, sentimiento que muy a menudo se desarrolla en la lucha, y que muchas veces es imposible evitarlo, porque es como un concomitante de esa desviación del instinto sexual, unido a la lucha, como ya vimos: sadismo en su aspecto activo, masoquismo en su aspecto pasivo. Los deportes son típicas formas de luchas de juego.

La lucha es natural en los niños, en los pueblos salvajes, en la sociedad entera. Se trata de un instinto permanente e inherente a los seres vivos. Por tanto, no se puede hablar de supresión, pues como explicamos, más útil sería canalizarlo, sublimarlo, pues la represión a nada conduce sino que más bien agrava el problema.

LA LUCHA EN LOS PUEBLOS SALVAJES

En los pueblos salvajes la lucha se produce de individuo a individuo. Son combates terribles entre familias. Es la época de la venganza privada, de las persecuciones individuales. Pero cuando la tribu se organiza el instinto se pone al servicio de ésta. La fuerza organizada es comandada por el jefe que administra justicia y hace la ley para todos. Se ha ascendido un peldaño en la escala de la evolución humana. Entonces se suprime o se atenúan las guerras en el interior de la tribu y la pugnacidad se desborda al exterior buscando elementos que la satisfagan: la propiedad y las mujeres de las tribus enemigas. “En las culturas primitivas, la guerra constituye casi la única forma de contacto con grupos extraños. Mientras el comercio internacional estuvo poco desarrollado, mientras eran desconocidos los viajes individuales y las comunidades espirituales no transponían las fronteras del grupo, no había entre los diversos grupos, otra posible relación sociológica que la guerra. Las relaciones que mantienen entre sí los elementos de un grupo y las que establecen os grupos unos con otros, son, en las épocas primitivas, completamente opuestas. Dentro del grupo, la enemistad significa por regla general la ruptura de relaciones, el apartamiento y la evitación del contacto; hasta la violenta acción recíproca de la lucha franca se encuentra acompañada de estas manifestaciones negativas”. (Jorge Simmel, *Sociología*. T. I. Págs. 281-282).

La fuerza centralizada de la tribu en manos del jefe, como decíamos, tiende a desbordarse al exterior. La noción de fuerza o supervaloración de la potencia determina entonces las agresiones al extranjero. El instinto de lucha unificado es allí un patrimonio de la tribu, embrión del Estado, y ella lo explota para la expansión y para el cumplimiento de sus fines. Los individuos se mantienen unidos para conservar sus conquistas o para resguardar su propiedad contra las tribus vecinas. Cuando esta unidad falta, cuando la comunidad de intereses no es tan poderosa o bien cuando los peligros a que pudieran estar sometidos sean de escasa o de ninguna significación, las tribus se disgregan, vuelven al sistema de las luchas individuales; la venganza

privada retoma su puesto y la tribu estará en vías de desaparecer o de ser absorbida por otra tribu más belicosa que conserve su organización unitaria y despótica para la agresión. Para mantener la unidad es necesario la amenaza de un peligro real o sólo posible, o la persecución de una finalidad común, pues así el instinto individual de lucha concreta sus fuerzas contra el enemigo o para el logro del objetivo propuesto.

Después de choques sucesivos que aniquilan la potencia de las tribus, los jefes parlamentan, se establece el statu quo, y las pacíficas relaciones de intercambio, que a la larga vendrán a construir la forma de vida posible, mientras que el instinto guerrero evoluciona en otro sentido.

Los pueblos modernos son herederos de aquellas tribus salvajes, pero ahora las luchas revisten otras formas y la combatividad se pone al servicio de más elevados ideales: la patria, la humanidad, el bien, la justicia; incluso se lucha por la paz: si vis pacem, para bellum.

¿ES POSIBLE SUPRIMIR LA LUCHA?

Suprimir la lucha, disminuir los conflictos es un ideal noble y generoso, pero irrealizable y hasta dañoso. Es necesario ser más modestos en nuestras aspiraciones. Debemos conformarnos con suprimir la guerra que es una forma de lucha brutal y destructora, pues mientras haya vitalidad, mientras el organismo humano sienta agitarse dentro de sí fuerzas vitales, deseará expandir esas fuerzas, darle salida al exterior. La supresión de la lucha vendrá con la muerte de las colectividades, provocará una detención del progreso⁵. El progreso requiere la lucha. La pasividad es negatoria de todo adelanto, es estancamiento. Lo que se necesita impedir es la destrucción. Por eso opina Bertrand Russell que: “Una gran parte de los impulsos que ahora encaminan a las naciones hacia la guerra son esenciales en sí mismos para una vida vigorosa y progresiva. Sin la imaginación y el amor a la aventura una sociedad se estacionaría pronto y empezaría a decaer. El conflicto con tal de que no sea destructivo y brutal es necesario para estimular la actividad de los hombres y asegurar la victoria de lo que vive sobre lo que está muerto o es meramente tradicional. El deseo de triunfo de la propia causa, el sentido de solidaridad con grandes comunidades de hombres no son cosas que un hombre inteligente quiera destruir. Lo malo es caer en la muerte, la destrucción y el odio. El problema está en mantener esos impulsos sin hacer que la guerra sea su salida. Los conflictos de los partidos políticos, los conflictos entre el capital y el trabajo y, generalmente, todos aquellos conflictos de principios que no envuelven la guerra sirven a propósitos muy útiles y hacen muy poco daño. Aumentan el interés de los hombres en los asuntos públicos, dan una salida comparativamente inocente al amor por la oposición y ayudan a reformar las leyes y las instituciones cuando, cambiando las condiciones o agrandando los

⁵ Allí donde la lucha no se ha producido la evolución es dificultosa. Y como un progreso nace de otro progreso anterior, a la manera de un órgano que nace de otro órgano o un tejido diferenciado de otro tejido menos diferenciado; como un instinto cultivado de un instinto bruto y esta evolución se efectúa por medio de la lucha, el esfuerzo y el sufrimiento es preciso que no eximamos a nuestros hijos de ella. La ausencia de lucha significaría, inevitablemente la ausencia de progreso. (Ad. Ferriere, *El Progreso Espiritual*. Pág. 239).

conocimientos, crean la voluntad de una transformación todo lo que intensifica la vida política propende a crear un interés de pacifismo, del mismo género del interés que produce el deseo de la guerra”. (Russell, *Principios de reconstrucción social*. Págs. 104 y 104).

Russell encuentra que haciendo el trabajo más satisfactorio en sí mismo y más en consonancia con el impulso podría darse al instinto de lucha un objetivo de desviación bastante adecuado para quitarle su aspecto destructor.

La lucha no puede entonces suprimirse, como hemos dicho, pues ella es una fuerza creadora de valores, es un factor de socialización, no obstante la aparente paradoja que esta afirmación envuelve. No puede pensarse, como pretenden algunos teóricos, que la lucha cesará cuando todas las clases sociales sean absorbidas y unificadas en la clase obrera, esto es una superchería sin sentido.

Pretender suprimir la lucha es querer renunciar a ese valioso elemento de progreso. Lo que interesa es aprovechar esa energía desbordante canalizándola, desviándola hacia fines útiles, o sublimar el instinto dirigiéndolo al cumplimiento de fines superiores, que podrían ser la justicia, como quiere Carlos Wagner, o como otros pretenden: el bien, la verdad. En fin, un ideal cualquiera elevado de acción social, que lleve a la humanidad hacia la perfección. “No hay que destruir nada sino conducir todo, no suprimir nada, sino utilizar todo, no contrariar nada sino guiar todo”.

DIFERENTES FORMAS DE AGRESIÓN

Cada niño, y en general cada individuo, tiene una forma de agresión que responde a su plan de vida. En los niños, donde la oposición grande-pequeño, fuerte-débil, a que les somete su natural posición en la vida, es actitud permanente, se produce por tal causa lo que Adler denomina un complejo de inferioridad. El niño se siente inferior al adulto del cual depende y a cuyas imposiciones obedece. Esta posición de inferioridad provoca la lucha, ya que el niño menor-valido desea salir de su anormal situación de sometimiento, y reacciona contra su complejo, contra el adulto. El niño se encuentra estimulado a reforzar su actitud en el sentido en que se considera débil y carga precisamente del lado del adulto, que es un lado flaco, buscando equilibrarse, porque necesita una compensación. Esta es una situación de lucha permanente, tanto más acentuada cuando más se deja sentir la presión del adulto. El instinto de poder o deseo de estar por encima orienta la lucha en el muchacho, y el menor-valido expresa esa hostilidad ya que de una manera directa, afrontando groseramente la lucha: estos son los malcriados y groseros que hacen ostentación, y que con sinceridad no disimulan sino que antes bien justifican su actitud sin rebajarse. Otros, luchadores a su manera, combaten pero indirectamente; se someten, lloran, se presentan contritos pero sólo para conseguir lo que desean. Estos muchachos se rebajan, humillan a fin de alcanzar lo que quieren; esas son sus armas de combate. Estos individuos son generalmente aquellos a quienes un tratamiento paternal les ofrece oportunidad de engañar, presentándose como arrepentidos frente a sus dominados, pero sólo para que se les deje amplia libertad de actuar. Son los falsos motolitos. Con éstos el tratamiento paternal fracasa, como con los otros es inútil la hostilidad sistemática. Con ellos sólo da resultado un tratamiento de compañerismo y camaradería que inspirándoles confianza les haga sentirse libres y que al mismo tiempo permita a padres y maestros descubrir la manera de reaccionar cada niño y los pone en camino de aplicar el mejor tratamiento. Para guiar a estos niños es necesario destruir en ellos toda prevención contra

el adulto, desarmarlos de su actitud decididamente agresiva, aun dentro de su aspecto defensivo.

Los muchachos, arrastrados por su deseo de sobresalir entre sus compañeros o por adquirir fama, idean planes para hostilizar a los adultos o a otros chicos, planes que realizan luchando denodadamente. Los menos-validos son a veces los héroes, los que luchan más y vencen, porque estos muchachos, atormentados por todos, exasperados por las burlas, se encuentran en jaque consigo mismos y hacen esfuerzos desesperados por equilibrar su situación. “Algunas veces, afirma Adler, van a parar a las bandas de muchachos, menor-validos espirituales. Estos se convierten en blanco de todas las burlas y bromas, con lo que su orgullo se exagera, llevándoles a realizar hechos extraordinarios, o bien, acostumbrados en su casa a una disciplina excepcional, ejercitados en la docilidad, se les ordena y ellos ejecutan. Acontece con frecuencia que uno idea cualquier fechoría y es el más pequeño e inexperto, el menor-valido, quien la emprende”. (Alfredo Adler. Cita de Otto Rühle, en *“El Alma de niño proletario”*). Personifica a este tipo de menor-valido, Nemeker, el pequeño héroe de la película “Hombres del mañana”, que hostigado por las burlas de sus compañeros, todos oficiales, realiza para ganar ese título y el derecho de usar gorra, las hazañas maravillosas que le llevaron a la muerte.

Muchos luchadores son desesperados menor-validos, que por salir de su situación anormal buscan la muerte luchando y si triunfan se liberan de su complejo y quién sabe si entonces renuncian a la lucha, echándose encima de sus laureles de un día de desesperación.

EVOLUCION DEL INSTINTO DE LUCHA

El estudio del instinto de lucha nos lleva a considerar si el instinto es una función orgánica verdaderamente innata y permanente, como se lo define o si éste es susceptible de modificaciones.

W. Janes sostiene que el instinto no es una función permanente, sino que aparece en un momento determinado y que desaparece si luego no se ejercita. Según este psicólogo, lo verdaderamente permanente, son los hábitos creados por el instinto. Los nuevos estudios han comprobado, que el instinto no desaparece, sino que su energía: o bien se transporta a otro instinto contrario, simulando con ello una desaparición; bien se desvía hacia otro instinto semejante para tener con éste una satisfacción atenuada conjunta; otras veces se dirige a un fin distinto del primitivo y específico o tiene en el mismo sujeto una realización.

El instinto es una fuerza, lo apuntamos ya, un estímulo interno que persigue un fin que se aplica a un objeto determinado. Si el objeto varía o se modifica, el instinto sufre modificaciones y la satisfacción se efectúa de manera anormal. La naturaleza y modalidades del objeto imponen modificaciones al instinto, pero sin hacerlo desaparecer.

Si hubiéramos de seguir las transformaciones del instinto sexual, sería suficiente aplicar las nociones aprendidas de Freud, pero como nuestras pesquisas se refieren a un instinto, si bien menos poderoso no por ello de importancia inferior, seguiremos el esquema trazado por Pierre Bovet, quien en su bella obra *El instinto luchador*, hace un magnífico estudio de esta importante cuestión.

a) *Contaminación*. Nos dice este autor, que en las transformaciones y evoluciones del instinto de lucha puede suceder que este se continúe sin cambio aparente; así vemos hombres que en plena civilización lo resuelven todo con los puños, son salvajes trasplantados a la ciudad.

b) *Canalización*. Otras veces acontece, que no obstante ser muy poderoso el instinto de lucha en algunas personas, éstas comprenden que

darle satisfacción es opuesto a los fines sociales, y como sería feo pelearse, escogen un medio donde su instinto tenga la natural expansión, pero sin su aspecto primitivo, es decir, lo canalizan. Los juegos de lucha son una expresión de esta fase del instinto.

c) *Complicación*. Lo más corriente no es que el instinto luchador se continúe o se canalice, sino que a menudo se complica aliándose a otras tendencias que lo llevan a una realización mejor y más perfecta; se intelectualiza, adquiriendo una forma social; y así vemos hombres luchadores a quienes su instinto les coloca en elevados cargos donde la pugnacidad asociada a la tendencia directora, al deseo de sobresalir, tiene una realización más amplia y menos nociva.

d) *Desviación*. En algunos casos el instinto de lucha se desvía, es decir, cambia de objeto, y un molino de viento que mueve sus aspas gigantes en la lejanía de la llanura o un rebaño de corderos son enemigos para desfogar el impulso de lucha. La montaña erguida es para el explorador un opositor con quien es necesario combatir, "Para algunas naturalezas toda actividad es una lucha y todo obstáculo un enemigo". (Bovet).

Para favorecer la desviación el concurso es una substitución muy conveniente y fecunda, ya que en él se suprimen los enojosos efectos del combate. El concursante es un hombre que lucha contra enemigos numerosos y desconocidos las más de las veces y para vencer reconcentra y dirige todas sus fuerzas. El concurso ennoblece la lucha, por eso se explica que hombres que aparentemente no se batían, teniendo no obstante un instinto luchador potente, asisten a los certámenes y concursos. Nuestro malogrado Luis Enrique Mármol, fue un luchador en el cual el instinto de lucha a más de otras características que nos revele su obra, estaba fuertemente desviado. Fue Mármol terrible concursante. Cuando se estableció en Venezuela el sistema de concursos para proveer cátedras, se le veía siempre asistir a ellos a disputar lealmente el destino ofrecido. Se nos dirá que pudo ser más que el instinto de lucha una necesidad más apremiante, pero en tal caso ésta hubiera escogido un camino más expedito. Que Mármol fue un luchador de instinto desviado, sublimado a veces, nos lo demuestra su obra, salpicada de imágenes de combate, de expresiones y frases de exaltación vehemente de luchador, aún

hasta en su poesía amorosa. De esta actitud de su espíritu hablan muy bien estos versos, en los cuales se proclama abiertamente como un combativo:

*A veces sin saber por qué, sin meditar
qué busco y qué hallaré, me abandono al mandato
impetuoso y viril de luchar y luchar...
Mil sombras acechantes se alzan en los caminos,
no sé si son gigantes, no sé si son molinos,
pero lleno de ciego entusiasmo me bato,
contra la gigantesca sombra de los caminos.*

Pero en sus luchas desesperadas no fue Mármol afortunado. En los concursos nunca salió vencedor. Demasiado escrupuloso combatió denodadamente y sin escudo y fue vencido, no por los más aptos, sino por los más listos, porque olvidó que en la lucha, para vencer es necesario adoptar los procedimientos del contrario, para atacarle en su propio terreno y con sus mismas armas. Vencido y maltrecho, ya sin fuerzas para abrazar nuevamente al escudo, exclama:

*Alma mía, sin fe, desorientada,
en la mezquindad ambiente
están cerrados todos los caminos.*

Y no supo abrirse el sendero que habría de conducirlo al triunfo, porque él luchaba por un ideal y escrupuloso temía mancharlo, y encontraba triste seguir viviendo “cuando impedir no podemos que el ideal se encharque”. Hay un momento de vacilación en la vida de Luis Enrique Mármol, él teme un retroceso a la barbarie y en el momento en que su probidad de luchador flaquea, su yo sublimado, *El Otro*, le asiste y le detiene en el retorno al estado evolutivo abandonado ya desde la infancia. “Cuando han pasado los sueños y comprende que la vida sólo se rinde a golpes”, y siente rebullir el primitivismo del instinto fuertemente reprimido, teme caer, por eso dice:

*“Y el alma que ha perdido su quirotismo impávido,
en el estremecido reposo del acecho,
sólo el momento espera para el zarpazo enorme”*

Pero se desespera pensando en esa regresión canallesca y brutal, incompatible con su instinto desviado y sublimado y reflexiona:

“¡y ojalá lo sorprenda la muerte antes del darlo!”

Y lo complació la muerte.

e) *Objetivación*. En sus transformaciones el instinto de lucha también es objetiva, es decir, se fija en un objetivo externo. Ya no es el placer de combatir personalmente, sino el de ver luchar. Ya no se quiere arriesgar el cuerpo a los empujes del adversario, sino que el luchador se contenta con mirar, exento de riesgo, las peleas de los demás. Los individuos en los cuales se presenta objetivada la pugnacidad, prefieren los combates de boxeo, las novelas policiales, las películas de golpes y riñas. Por eso, cuando dos muchachos se pelean los compañeros hacen rueda, animan con sus gritos, se enardecen, pero no intervienen. Esta objetivación, como observa Bovet, favorece la crueldad, de allí el poco escrúpulo de los mirones al ver que uno de los contrincantes sangra y cae vencido; por eso les importa en el furor de las corridas de toros –lucha de la bestia con el hombre-, que uno u otra caiga herido. Más les interesan las peripecias de la muerte o de la herida, y un par de banderillas bien puestas levanta una ovación y una estocada hasta el puño concede oreja y rabo.

Los ocios favorecen la objetivación del instinto de lucha. Las profesiones sedentarias crean una especie de predisposición para objetivación. Ver hacer a los demás lo que nos gustaría realizar, pero que no podemos llevar a cabo, satisface nuestras tendencias naturales. Es esta una especie de protección de nuestras emociones y sentimientos que completa y expande nuestra personalidad. Este fenómeno explicaría la aptitud asumida por muchos individuos que, deseosos de espectáculos, azuzan desde sus bufetes reposados a los hombres separados por nimiedades, para determinar la escisión y provocar el combate, que mirado de lejos les complace. Y explica también por qué los boxeadores viejos e inservibles se convierten en promotores de boxeo.

f) *Subjetivación*. El combate se dirige a veces hacia la misma persona. Quiere triunfar de sí mismo. Es la voluntad de perfección que algunos llaman. En el sujeto hay entonces un proceso de introyección que aclara las diferentes tendencias existentes en el espíritu. La lucha se subjetiva y se entabla el combate entre el instinto primitivo y la aspiración de algo superior, y el hombre se siente héroe venciendo, denominando la animalidad que hay en él. La batalla mejor, el gran combate lo gana el hombre cuando la inteligencia y la voluntad soberanas y señoras dominan por encima de las pasiones, y hacen al

hombre dueño de sí mismo. Hay que obligar al cuerpo a que obedezca, pero sin exagerar para que la represión no se convierta en fuente de perjuicios para nuestra salud y para la integración moral del individuo.

g) *Sublimación*. En la sublimación la lucha es dominada y encaminada por una idea moral, por un fin superior. El combate se despersonaliza, no se persigue ya un fin material inmediato sino el bien de todos, la felicidad social. Se pelea por el bien, la verdad, la belleza, la justicia. Este ideal de justicia es para Carlos Wagner, como expresamos ya, fundamental en la vida y favorece el buen combate: Suprimir el combate es imposible. La vida es un combate. Mientras dure, durará el combate... Pero hay combates de combates... El combate supremo de un ser se verifica para el supremo bien. Decir que el combate se hace por la vida, entendiéndolo por ésta la existencia material, es afirmar al propio tiempo que la vida es el bien supremo. Ahora bien: esto puede ser verdad para la animalidad. Pero respecto del hombre, el bien supremo no es la vida. Para el hombre el bien supremo es la justicia. El grande y buen combate es el combate por la justicia. Todo otro combate no es más que una imagen imperfecta de éste". (Carlos Wagner. Cita de Bovet). Pero estos combates impersonales presentan la lucha como más radical y destructora, porque ya ésta no está limitada por ninguna consideración personal, por ningún objeto material. Esto quieto encono a la lucha, es cierto, pero conduce a las personas idealistas a excesos no controlados por la realidad, pues tales individuos no tienen en cuenta para nada su persona y la ponen, sacrificándose, al servicio del ideal perseguido. De igual manera, para imponer a los demás su modo de pensar particular, sin miramientos de ninguna especie llegan a la intolerancia tiránica de su credo. Las luchas de ideas, de credos, son por tal motivo más encarnizadas que las luchas circunscritas a objetos materiales. (Véase Simmel. *Ob. cit.*).

Estas luchas de ideas y credos tienen en Venezuela un aspecto de ferocidad, y adversarios sin escrúpulos, extremando argumentos lanzan acusaciones sobre sus contrincantes, fuera de los temas discutidos, a fin de desacreditarlos y ponerlos fuera de combate. Calificar a un adversario de extremista, seguros de que iba a ser encarcelado y perseguido, fue una táctica cobarde que algunos periodistas pusieron en práctica bajo la dictadura, pues así se ahorraban enfrentarse a las ideas y prevenían la discusión sobre temas

que debían ser aclarados. Hay aquí ya una degeneración del instinto de lucha que aún hoy día, después de caída la dictadura es puesta en práctica cobardemente por luchadores que han perdido toda moralidad y el sentido de la dignidad personal y humana.

h) *Detención y regresión.* En algunos casos el instinto de lucha se detiene en su evolución ascendente, o condiciones anormales hacen caer al individuo en formas de lucha abandonadas desde hace largo tiempo por él, lo que constituye una regresión. Un disturbio social, el contacto con una muchedumbre enfurecida, la influencia de una injusticia pueden hacer caer al hombre enano de esos estados primitivos de agresión. Esto sucede, porque un instinto no puede ser nunca suprimido completamente y por largo tiempo y cuando desaparece de la conciencia, se refugia en las capas superiores del inconsciente conservando siempre su energía. En la regresión hay una especie de vuelta de toda la personalidad hacia la infancia; porque un instinto que en su expresión tropieza con un obstáculo se dirige hacia vivencias que corresponden al deseo fracaso en ese momento. Como en la comparación de Freud, el río al cual se han opuestos diques, hace retroceder la corriente y rellena antiguos cauces abandonados ya y por donde ahora transcurre el agua. En el instinto de lucha esta regresión será tanto más violenta y de resultados más funestos, cuanto menos oportunidad haya tenido de actualizarse y más rigurosa y prolongada haya sido la represión. Muchas veces una clara comprensión del instinto sublimado previene la regresión, por eso, desde su torre de sublimación del instinto de lucha, Luis Enrique Mármol, temía caer en la regresión y frente a la tentación del “zarpazo enorme”, llama a la muerte para que le libre de la caída.

La regresión del instinto de lucha en los individuos puede ser que no implique tal cosa respecto a una colectividad, pues aquellos en su evolución son más precoces que éstas. El progreso individual es más rápido que el progreso social y lo que se considera regresión respecto a un determinado individuo, puede ser, refiriéndose a una colectividad, la normal expresión de una etapa evolutiva del instinto.

EL INSTINTO DE LUCHA DEL VENEZOLANO

Concretemos nuestro estudio al medio venezolano. Salgamos de lo meramente universal y teórico para entrar en lo nuestro, en nuestros problemas, pues consideramos que ningún estudio, ninguna investigación es realmente fecunda si no conduce a una incursión en el propio ambiente. Y aún cuando lo general de este ensayo comprende necesariamente lo particular, queremos señalar matices de nuestro medio. Puede acontecer que las conclusiones sean un poco precipitadas y hasta erradas, por eso accederíamos gustosos a rectificarlas, si las razones expuestas por aquellos que hayan estudiado esta cuestión con mayor detenimiento, tienen un fundamento razonable.

El venezolano es un individuo belicoso. Su psicología complicada muestra como característica saliente su instinto combativo. A través de la historia, el venezolano se perfila como un luchador. Atávica pudiera decirse que es esa característica, ya que los primeros pobladores de nuestro territorio, agresivos y belicosos dieron bastante que hacer a los conquistadores españoles y mucho más que en otros países de América. Como a todo pueblo primitivo, encontraron los conquistadores a nuestros indios en una fase evolutiva en que lo característico es el combate. Había luchas de tribus, luchas de caciques, por el predominio en una determinada región o por la posesión de determinadas fuentes de riqueza y sin motivo aparente se destruían con saña y ferocidad inusitada⁶. El señor castellano no vino a ser para el indio sino un nuevo competidor más poderoso que le exterminó sin vencer su espíritu bélico, sin destruir la fuerza de su instinto guerrero. Y no es solamente la raza indígena el elemento determinante de esa capacidad luchadora, pues ese español aventurero señor de capa y espada era también un combativo. En algo

⁶ Véase a este respecto lo que dice Depons: “Hombres de esta clase (los indios) entregados a los caprichos de su naturaleza, no pueden conocer y no conocen en realidad, más remedio que las armas para terminar cualquier diferencia. Faltos, a causa del género de sus relaciones e intereses, de los motivos que encienden las guerras en las naciones civilizadas, los sustituyen con los más frívolos pretextos y con los más ridículos agravios. Vengativos y feroces, la guerra les brinda atractivos ignorados por los pueblos civilizados; y ponen en ella un encarnizamiento más cercano de la rabia de un animal salvaje que del valor guerrero. La traición y la perfidia son para ellos las primeras virtudes militares”. (Francisco Depons, *Viaje a la Parte Oriental de Tierra Firme*. Pág. 108).

parece que contribuyó la naturaleza especialísima de nuestro medio para dar beligerancia a sus pobladores, pues hasta los negros, raza de instinto combativo muy marcado, pero cuya belicosidad se hallaba adormecida o atenuada por el servilismo y la esclavitud a que estaban acostumbrados (los negros que vinieron a Venezuela y a toda América eran de la zona servil de África), sacuden su sometimiento pasivo y se revelan en tierras venezolanas,⁷ y el Negro Miguel, en las minas de Buría representa la primera protesta viva en América contra la explotación desconsiderada y despótica del conquistador arrogante, protesta que se repite históricamente en 1795, cuando los negros y mestizos de Coro se lanzan contra sus opresores pidiendo la supresión de los impuestos y la igualdad de tratamientos, influidos tal vez por las ideas de los revolucionarios franceses, importadas clandestinamente a la colonia por algunos espíritus idealistas.

Formada y organizada la colonia española de Venezuela la lucha se perpetúa en ella: las provincias discuten supremacías, los cabildos luchan contra los gobernadores, ganando como prerrogativa el derecho de suplir las faltas de éstos. Y cuando los monopolios mercantiles se establecen a favor de la compañía Guipuzcoana, la más atroz iniquidad impuesta a la naciente economía del país; cuando el abuso enseñorea, en los valles de Panaquire surge la protesta de León y sus parciales. Fue la vida colonial venezolana, no una tranquila paz octaviana, sino más bien una constante lucha contra rapaces

⁷ El mejor tratamiento que recibían los negros en Venezuela y su indiscutible predominio sobre el indio, la relativa libertad de que gozaban frente a éste, fueron sin duda las causas principales que contribuyeron a despertarles el adormecido instinto combativo; pues hay que tener en cuenta que si el indio era exterminado y perseguido no pasaba lo mismo con los negros pues según el decir del doctor Julio C. Salas, éstos eran propiedad que al ser destruida mermaba la riqueza de sus dueños y por ello eran mejor cuidados, llegando a ser mayordomos de haciendas y verdugos amarradotes y maltratadotes de los indios por mandato del amo. (Véase Dr. Julio C. Salas, *Civilización y Barbarie*. Pág. 69). Pero aun cuando reconocemos las cualidades de combativo del negro y la probable influencia que su porción de sangre puede tener en el carácter del pueblo venezolano, consideramos aventuradas las aseveraciones de Laureano Ballenilla Lanz que señala “como legado indiscutible del negro la fortaleza que desafía y vence las inclemencias del trópico, el *espíritu de revuelta, la ferocidad en la guerra*, la ligereza, el capricho, la imprevisión, la volubilidad, la inteligencia a la vez vivía y limitada que se observa en ciertos individuos y aun en ciertas poblaciones en que el elemento africano fue numeroso, con las naturales modificaciones emanadas del medio social, económico, y de los cruzamientos sucesivos con la raza blanca”. (L. Ballenilla Lanz, *Disgregación e Integración*. Pág. 136). Eso sería atribuir demasiado al negro ya que esos mismos caracteres señalados por el escritor venezolano, también pueden ser herencia del español o del indio, que los poseen y muy marcados. Así Humboldt señala la imprevisión del indio, su volubilidad y vivacidad intelectual y Depons hace hincapié en la ferocidad de los indígenas. Se sabe también que los caribes, tribu indígena que llegó a dominar en casi todo el país, eran hombres altos y fuertes y por su adaptación milenaria a nuestro ambiente, mejor capacitado para sufrir su influencia. Podría pensarse que esas cualidades del carácter venezolano, si bien son una herencia étnico, afro-indohispano, se deben en mucho a la influencia del medio que obra acentuando unas cualidades y atenuando otras.

tiranuelos de pueblo, contra todo y contra todos hasta culminar en la máxima rebelión de la Independencia, cuyo significado no entendieron las masas, pero que, como brindaba oportunidad para dar expansión al cosquilleante impulso combativo, arrastró partidarios, ganó adeptos y se formaron los dos bandos: los que estaban con el Rey y los que no lo estaban. Dos bandos contrarios, cuyos hombres mudaban de filas con la mayor frecuencia y facilidad, no por cambio de ideales sino buscando mayores ventajas en la lucha y mejor y más seguro botín⁸.

Si se toma en cuenta ese exaltado instinto de lucha del venezolano se comprenderá por qué fue aquí donde se inició la guerra de independencia y cómo llevada por sus hombres, prendió en los otros pueblos de América. Pues una vez organizados, los pueblos luchadores tienden a descargar su potencia agresiva en el exterior, con la diferencia de que en la historia, los pueblos invasores han llevado su fuerza a otros países para dominarlos, mientras que el venezolano lo hizo con el solo propósito de ayudarlos a libertarse. Ya no se lucha por el interés particular sino en provecho de otros cuyos intereses son solidarios o semejantes a los nuestros.

Avezado a los peligros, el venezolano de entonces a nada temía. Cada acontecimiento, cada obstáculo le excitaba y se le veía tramontar los Andes esforzados, porque la montaña empinada era un opositor a quien precisaba vencer. Y caían unos en la ruda brega y otros se reanimaban y cuando domeñada la montaña, enemigo de piedra, surge en la llanura de Pantano de Vargas el enemigo de carne y huesos, enardecido por su triunfo anterior sobre los paramos, carga sobre el español y le desbarata, le persigue enfurecido y con la victoria gana nuevos impulsos para la lucha, y pasea a lo largo del Continente su arrogancia jactanciosa de soldado, y entre la huesa del “Campo de los Muertos” (Ayacucho) blanquean sus huesos confundidos con los de los ínclitos guerreros de Manco-Cápac y de Atahualpa. Los llaneros de Páez y de Boves, los de Sotillo y los Monagas, los marinos margariteños y los hombres de la sierra, una y la misma gente, defensores del rey o de la patria, realizaron las

⁸ Decía el pacificador don Pablo Morillo: “Los venezolanos son los franceses de América y con la misma veleidad e inconstancia de aquéllos, pero con mucho menos ilustración, son susceptibles de todos sus defectos e incapaces de ninguna de sus virtudes: *dispuestos a alborotos y tumultos y de una variedad ilimitada en sus opiniones que los llevan a ser tan pronto de un partido como de otro... Con esta gente encuentran abrigo todas las novedades que pretenden alterar el orden y las conmociones aquí por cualquier pretexto serán eternas*”.

hazañas prodigiosas que un instinto de lucha, que además extermina para asegurar el triunfo, ambos bandos se exceden en una guerra, no ya internacional, sino civil. Se aniquilan los combatientes sin darse por vencidos y ese impulso natural continuará por muchos años rigiendo nuestra evolución institucional y abriéndonos el paso para alcanzar el lugar a que tenemos derecho en la civilización. Por eso, el instinto de agresión apaciguado un poco, después del triunfo que selló la independencia –efecto catártico de la lucha-, renace violento, y es Miguel Peña, y es Páez y son todos los venezolanos, que en un ímpetu guerrero piden la disolución de la Gran Colombia, porque no entraba en esos espíritus primitivos y rebeldes la comprensión de una patria tan amplia, y a la que sólo el espíritu visionario de Bolívar pudo darle vida y realidad. Con Páez en el poder, jefe con prestigio suficiente para mantener unidos a godos y liberales, antiguos patriotas y realistas, para limitar las aspiraciones de los millares de oficiales y soldados envalentonados, ebrios de sangre y poder y sobre todo amantes del desorden, donde la lucha se perpetúa, parecía que ya el pueblo belicoso había entrado en franco camino de evolución pacífica. Pero cuando asciende Vargas a la Presidencia de la República, el espíritu indómito de los luchadores se revela de nuevo y cae el primer gobierno civil. De allí en adelante la historia de Venezuela puede sintetizarse, con períodos de calma aparente, en lucha exaltada, no de partidos sino de grupos hostigados por un instinto combativo no canalizado⁹, ya que nunca se propuso a ese pueblo un objetivo elevado para derivar sus tendencias primitivas, ni fue preocupación de los caudillos educar los espíritus enseñándoles a conducirse para que su instinto de lucha, satisfaciéndose desviado, no destruyese, sino antes bien fuese elemento constructivo de nuestra nacionalidad. Hubo interés más bien en dominar y reprimir el instinto

⁹ Como un análisis de esta disposición espiritual, de esa vehemente y exaltada lucha ya también como muestra de la falta de ideales de que hablamos, léase lo que dice Vallenilla Lanz: “En nuestras luchas políticas, cuando un partido local se hallaba en el gobierno, el partido contrario estaba presto a lanzarse a la primera revuelta que se presentase, cualquiera que fuese el jefe y la bandera. Era con esos grupos disidentes de las localidades como se formaban los partidos y prestigios nacionales. Cada cacique local concurría con su grupo a sostener al caudillo que se hallaba en el poder o al caudillo que lo disputase. Podría existir como siempre en los grupos directores, una idea, un principio, una palabra prestigiosa, que halagara los instintos populares y sirviese de bandera nacional a la revolución; pero en el seno de los grupos locales no prevalecían nunca sino los mismos antagonismos de la tribu, la misma lucha por la preponderancia parroquial, en que para nada entraban los intereses colectivos, ni la idea noble y generosa del bien público, que no surge sino cuando el sentimiento de la nacionalidad y de la Patria llega a ser algo más que una simple abstracción (Ballenilla Lanz, *ob. cit.* Págs. 130 y 131).

luchador; y hemos visto que un instinto reprimido no desaparece sino que sigue caminos tortuosos para satisfacerse; se disfraza y sale al exterior desconocido: “el dolo substituye a la violencia” como observa Sighele, la hipocresía reemplaza a la lealtad y el engaño y la mentira, la calumnia y la maledicencia, formas degeneradas de un instinto de lucha reprimido, hacen víctimas numerosas en indefensos ciudadanos, que abandonaron la guardia por más evolucionados y porque tuvieron la candidez de creer en la lealtad.

La oprobiosa tiranía de que acaba de salir el país, tenía como timbre de orgullo la destrucción de los partidos y de la guerra civil y con ellos de toda forma de lucha. Pero tal aniquilamiento fue solo aparente. Una rabia sorda hervía en los pechos y cuando desbordante en ímpetu viril brotó erguido en la protesta, si fue aherrojado no fue nunca extinguido. La opresión no merma el instinto de lucha sino que lo aquilata y lo refina y prueba de ello es la permanente actitud hostil en que por veintisiete años se sostuvo el país frente al tirano y la que ahora asume decidida y firma para reclamar sus derechos y para la adquisición definitiva de sus libertades. La expresión franca del instinto combativo, la lucha cívica abierta imprimirá nobleza a las actividades ciudadanas y los que para desfogar su combatividad recurrieron a esas formas degeneradas de actuación ciudadana, las únicas posibles bajo la tiranía, enderezarán el rumbo para llegar a la genuina expresión de nuestro carácter nacional de pueblo digno y grande, que pide un puesto en el concierto de las naciones civilizadas. Por la lucha cívica nos haremos ciudadanos libres, respetuosos de la ley y amantes de la justicia. Sólo la libertad nos permitirá alcanzar ordenadamente la civilización y la cultura. Quien no ha estado nunca en libertad, no sabrá ser libre y quien no sea capaz de alcanzar por la lucha esa libertad no es digno de disfrutarla.

Algunos podrían negar la característica de luchador del pueblo venezolano fijándose en otros signos que la contradicen aparentemente tales como son la tristeza y la pereza criollas, analizadas por Bunge en su notable obra *Nuestra América*. Con este autor se nos argumentará que un pueblo perezoso no puede ser luchador, porque la lucha requiere un gasto de energías, lo que es opuesto a la pereza. La pereza engendra la tristeza.

Nosotros sin negar absolutamente las cualidades de triste y perezoso de nuestro pueblo, sí creemos que hay en ello un poco de exageración. Además

pensamos que esas cualidades crean una situación espiritual permanente de desasosiego de la cual precisa salir, porque se comprende la inferioridad a que tal característica rebaja. Se produce un complejo de inferioridad y para reaccionar contra éste, para estar encima, se recurre a la lucha. “Nuestra tristeza es anhelante” según Miguel Acosta Saignes, y el anhelo es incentivo para el combate. El deseo, que es el placer en perspectiva de algo mejor, lanza a los hombres tras la cosa deseada y para lograrla recurren a la lucha. Esta equipara la inferioridad orgánica estableciendo un justo balance.

Nos adelantamos a una posible objeción. Se nos dirá, que en este caso la lucha no aparecerá como algo específico y característico del venezolano, sino que ella nace circunstancialmente para contrarrestar el complejo de inferioridad. En este caso todavía quedaría la combatividad como una reacción permanente, ya que las causas determinantes de la pereza, que son: la abundancia, la temperatura y la alimentación, son permanentes también. El complejo sería sólo coadyuvante, no determinante de la combatividad, pues si no fuera así bastaría con mudar de clima para perderla y sabemos que no es así. La causa es más profunda, obedece a algo que viene de dentro, del fondo del espíritu.

Todavía otra argumentación contra nuestra tesis: la desunión de los hombres y de los pueblos de Venezuela y esa apatía para asociarnos, circunstancias dignas de tomarse en cuenta, ya que los pueblos combativos, íntimamente unidos, suman sus fuerzas para hacer la agresión más efectiva y más pujante. El instinto combativo reclama imperiosamente la concentración; por el contrario a la falta de instinto guerrero corresponde la disgregación individual, observa Simmel. Verdad es que a no ser para la empresa común de la independencia y para las escaramuzas guerreras posteriores, y aún así muy parcialmente, nunca nuestros núcleos sociales aparecieron solidarizados, unidos, sino más bien separados por antagonismos parroquiales. Orienta ignora a Occidente, el Centro no comprende al Sur, y toda conquista cultural aparece como individual, sin proyección en la totalidad. Pero estos hechos, sólo aparentemente son contradictorios de la combatividad. Acontece, que si son infinitos los rasgos familiares comunes de nuestras regiones, de nuestro pueblo, son también numerosas las discordancias, y como quiera que lo armónico resalta tanto más cuanto mayor sea la armonía, los rasgos diferentes

determinan la escisión, obstáculo para la unificación y para que se forme una estructura totalizadora, vitalmente orgánica, de nuestro pueblo. Sólo los grandes acontecimientos tienen la suficiente fuerza para ocultar las discordancias y para poner de resalto las semejanzas. Cuando la empresa común falta, los individuos renuncian a las ventajas que el acoplamiento de sus fuerzas pudiera proporcionarles, para retomar individualmente su libertad de usar de su potencia personal. La hostilidad se convierte entonces en hostilidad individual o parroquial, de campanario a campanario, y es una parroquia antagónica de la otra, como sucede en ciertas ciudades de Venezuela. Para armonizar esos elementos dispersos, para solidarizarlos, es necesario proponerles la empresa común que canalice la combatividad individual, empresa que no puede ser otra distinta de la elaboración de nuestra cultura nacional, que debe aparecernos como la creación unitaria del espíritu venezolano, vinculado a ella íntimamente; porque la unidad no está en el territorio común, ni en el idioma común, ni en las costumbres tradicionales heredadas, sino en todo eso y algo más, trascendente y superior, que ondea por encima de lo objetivo y circunstancial: los valores permanentes de un ideal colectivo, que enlazan lo parroquial y limitado con la unidad totalizadora: perfección, venezolanidad. Porque los pueblos, de igual manera que los hombres sufren la crisis disgregadora de la adolescencia, para caer luego, mediante una racional educación en una fase, en la que suprimidos los conflictos, el espíritu se unifica para la realización de un ideal.

Hoy estamos contemplando, que para hacer efectivas nuestras conquistas, para propender a la elaboración de esa cultura, se soslaya la permanente actitud individualista, para unificar la acción frente a las posibles agresiones que pudieran inferirnos usurpadores del poder, prolongando perpetuando una situación anormal y caótica que estuvo a punto de hacernos perder nuestras características nacionales separando espiritualmente a dominados y dominadores. Las regiones del país: Oriente, Centro, Sur y Occidente, en pie cívico, se aprestan ahora, en una total compenetración, para la conjunta actividad que les ponga en posesión de los derechos ciudadanos y del disfrute pacífico de los bienes nacionales. Con la caída de la dictadura el ideal colectivo ha surgido y esa unificación permanente imprimirá el sello de venezolanidad a nuestras conquistas, por encima de las diferencias regionales

y parroquiales que impedirían el ascenso. Los gremios y asociaciones interpretando la aspiración popular, se unifican para el logro del ideal democrático, desmintiendo así la supuesta actitud disgregadora del pueblo venezolano y del uno al otro confín de la república responden unísonos al llamado que las consignas republicanas fijan para la lucha cívica por el establecimiento de un régimen de justicia y de equidad. Prueba es ello de que nuestra desunión no obedece a falta de combatividad, sino más bien a una actitud defensiva frente a la barbarie empeñada en dividir para dominar.

El fenómeno disgregador a que nos hemos referido, no es característica propia solamente del pueblo venezolano, es más bien una modalidad típicamente americana y como tal lo estudia Bunge que lo denomina inarmonía del mulato y lo atribuye a que se amalgaman mal en éste las tendencias de sus abuelos blancos con las de sus abuelos negros. Consideramos que esa inarmonía es característica de todo pueblo joven, adolescente, que marcha por etapas a la integración de la nacionalidad, suprimiendo lentamente la causa de los conflictos. Opinamos que el pueblo venezolano es luchador, agresivo y rudo, porque aún se encuentra en un estado evolutivo en el cual es característica esa forma de lucha y resultaría dañoso para su evolución armónica la represión brutal del instinto combativo tal como lo han hecho siempre nuestros gobernantes inconscientes y más que todos los del régimen dictatorial que acaba de fenecer y como pretenden continuarlo haciendo los legisladores con las leyes draconianas.

Más favorable para nuestro perfeccionamiento moral es sin duda la racional canalización, desviación y sublimación de ese instinto, conduciéndolo mediante una educación consciente hacia fines nobles y elevados. Así, el venezolano, sin perder su agresividad, (entonces se le llamaría decisión) la emplearía, no ya para destruir sino para las luchas constructivas que el progreso reclama. La organización cultural, que según Jung, "es la sublimación racional y adecuada de energías libres, lograda con voluntad y previsión", es, ya lo hemos visto, la meta obligada de nuestra combatividad nacional.

FORMAS DE MANIFESTACIÓN DEL INSTINTO DE LUCHA EN VENEZUELA

Niños y adolescentes. En el muchacho venezolano, material que hemos tenido a nuestro alcance para observaciones permanentes, el instinto de lucha se manifiesta con gran violencia. Desde muy temprano, seis a diez años, el muchacho se pelea con rudeza. En sus luchas recurre al palo, a la piedra y a los dientes como medios de defensa, y no obstante que estos son medios reprobados para la lucha limpia, los muchachos echan manos de ellos con tanta más frecuencia cuanto mayor desigualdad exista entre los contrincantes. Cuando los luchadores son iguales se pelean limpiamente. En estas luchas no hay rencores conservados por mucho tiempo, a no ser en algunos casos, en los que hemos podido notar que el odio de esas primeras refriegas se prolongan hasta muy entrada la vida, pero estos son esporádicos y poco frecuentes.

De los diez a los quince años, la lucha reviste otro carácter. Los muchachos de esta edad se pelean siempre a los puños; algunas veces recurren a instrumentos cortantes, dando lugar a los delitos de menores. En muchas ocasiones las luchas de estos muchachos son provocadas por una vecinita a quien se desea proteger o a quien se galantea. A esta edad ya el muchacho se siente suficientemente fuerte para protector, y como el instinto sexual asomo, los requiebros y galanteos sirven para darle expresión. Las luchas de estos años tienen un carácter exhibicionista. Los muchachos se pelean para mostrar a los mirones sus fuerzas y su valor, para que se les tome en cuenta, porque ellos necesitan ser admirados y luchando logran atraer la atención de compañeros y extraños que los rodean para verlos pelear. Como dice una profesora, citada por Bovet: “el muchacho se pelea para hacer ver su propia fuerza; la muchacha se ceba en sus compañeras para poner de relieve las debilidades de ésta”.

Los observadores estimulan las luchas, ya animando a los muchachos a quienes acostumbran poner una paja en el hombro o marcar una raya en el

suelo para provocar el choque. Sin los mirones las hostilidades se resuelven con menos violencia.

En las peleas de adolescentes, contrariamente de lo que sucede en los combates de niños, hay mayor animosidad y ensañamiento. Los muchachos son entonces más rencorosos. En esta edad se forman pequeñas agrupaciones para combates colectivos, generalmente llevados a cabo entre luchadores de barrios diferentes; San José y San Juan, en Caracas; Santa Rosa y Santa Catalina, en Carúpano; Santa Inés y Altagracia, en Cumaná; Pueblo Arriba y Pueblo Abajo, en Pampatar, por ejemplo. Y hemos visto cómo esos grupos de luchadores se transforman fácilmente en equipos deportivos para dirimir en el juego las rivalidades existentes. Esta es una derivación natural y necesaria. Estas asociaciones se prolongan muchas veces aun después de pasada la edad de la adolescencia con notable provecho para la cultura y educación del instinto de lucha, siempre que no degeneren en bandejas de forajidos. Muchas veces estas bandas de muchachos se convierten en verdadera calamidad pública porque la combatividad exaltada las lleva a cometer verdaderos atentados contra la propiedad y contra las personas; pero sería un error pretender terminar esas pequeñas asociaciones por la fuerza y con una persecución sistemática, tal como se ha venido haciendo y llevando a los pequeños bandoleros a corromperse en la policía o en otro sitio inadecuado. Para corregir a estos pequeños y para restituirlos a la cordura conviene un plan meditado de reeducación, aprovechando en cuanto sea posible su exaltado instinto de lucha, sus disposiciones naturales para canalizar útilmente esa energía dispersa y destructora. Los que hayan leído a Linsey sabrán cómo aprovechaba este insigne juez de menores las bandas de pequeños malhechores para fines levantados y constructivos.

La agrupación es característica de la adolescencia. El niño más pequeño es egocentrista y gusta poco de compañías, sus juguetes son de él solo. Debe aprovecharse esa disposición natural de asociación para formar equipos de juego y hacer que los jóvenes, bien dirigidos, deriven su combatividad pacíficamente en los torneos deportivos. Es necesario favorecer lo que naturalmente se produce, como hemos visto. El deporte es un buen canalizador de la energía del instinto combativo. Hemos podido notar que desde que se

estableció la práctica sistemática de deportes en nuestros colegios han disminuido las peleas y las relaciones de los colegiales son más pacíficas.

Para con los padres, maestros y demás adultos, los muchachos recurren a formas veladas de agresión: inician el cigarrón el clases, hacen ruido con los pies mientras los otros compañeros atienden; con muecas grotescas distraen la atención de la clase y provocan la risa, y si el profesor se descuida le prenden colas al vestido, le ensucian el asiento con tiza. Son despiadados tomadores de pelo y llegan hasta la crueldad en sus burlas sangrientas y ni los ancianos venerables se libran de ellas. Por espíritu de hostilidad hacen todo lo contrario de lo que se les manda.

Nuestra experiencia nos autoriza a decir que mientras mayor sea la pasividad de la clase más acentuadas son las molestias producidas por los muchachos, que se vengan del fastidio molestando. Cuando los alumnos tienen oportunidad de trabajar en la clase perturban menos, porque ellos necesitan gastar esa energía superabundante del instinto de lucha, bien peleando, o en los deportes o en un trabajo personal verificado en la clase, de lo contrario la descargarán para producir desorden. La observación personal nos ha puesto de manifiesto que es siempre mayor la hostilidad contra los maestros y profesores déspotas que pretenden imponer sólo su voluntad en clase; en ellos se ceban los alumnos y desafiando sus iras convierten al salón en campo de agramante. Con los profesores que adoptan un franco espíritu de camaradería el instinto combativo amaina y toma un cauce netamente de trabajo constructivo.

Los adultos. El machismo. En cuando a las personas mayores, diremos que la forma violenta de agresión es más frecuente en el campo que en la ciudad. Sabemos de la cantidad de delitos de sangre principalmente con arma blanca, y las contusiones que se producen en el interior. La vera y la cabeza son armas favoritas de los “capacheros” del pueblo y el matonismo, si ha desminuido a causa de la prohibición del porte de armas, en cambio han aumentado las colisiones y las palizas. Se comentaba hace poco en un café, con motivo de un pequeño choque entre un extranjero y un venezolano, que la forma de agresión de unos y otros es distinta. Mientras el venezolano resuelve las cosas a los golpes, y en las cuestiones de honor no transige sino que las venga, procurando igualarse con el arma o de una manera cualquiera, si el

contrario es más fuerte; en cambio, los extranjeros habitualmente recurren a los tribunales para reclamar, dando lugar a la contienda judicial. La indemnización pecuniaria sustituye a la venganza *in corpore*. La agresión brutal es lo que corrientemente se ha dado en llamar el machismo venezolano y que no es sino una demostración del primitivismo de la venganza privada: “Ojo por ojo, diente por diente”, como reza la ley de talión¹⁰.

Los aguafiestas. Costumbre muy venezolana es aguar la fiesta a los que se divierten tranquilamente. En otras épocas los joropos se acababan a tiros, después que un matachín de pueblo, secundado por una banda de guapetones apagaba la luz de un balazo. Hoy se acaban a palos y mojicones, si no hay quien contenga la furia de los exaltados enemigos de la sana alegría de los demás; pues cuando un grupo de individuos organiza una fiesta, los no invitados, heridos en su orgullo, se ingenian para impedir la pacífica diversión y planean la batalla. La hostilidad de grupos, el odio de parroquias se descargan con sus enconos y con su constelación de incalculables daños.

El canto mano a mano. Una forma bastante pintoresca de combate en el venezolano la constituye el canto “mano a mano” y en el cual los cantores acompañándose del arpa, del cuatro y la maraca, improvisan la copla salerosa y picante, enherbolado dardo lleno de malicia mordaz, con que los contrincantes, frente a frente, ponen de manifiesto sus dotes de luchadores. Y la multitud campesina, objetivando su instinto de lucha, como en las peleas de gallo, en los toros coleados, en el boxeo rodean a los justadores, les animan con sus gritos y premian sus esfuerzos con risa y chacotas, mientras se van vaciando una tras otra las botellas de aguardiente, hasta que ya muy entrada la noche, al primer canto del gallo, o cuando el alba nace, se disipa la alegría y todos se retiran saturados de coplas y rezumantes de alcohol. La copla y el

¹⁰ El Dr. Julio C. Salas, que atribuye a la guerra civil el aumento de nuestra criminalidad y la exaltación de la impulsividad atávica de nuestra raza, lo que si en cierta manera es verdadero equivale a tomar el efecto por la causa, se expresa así: “En el seno de la paz todos los días muchos individuos que ponen en práctica la misma violencia y fuerza que bajo el manto de bravura o puntilloso honor se niega a aceptar la intervención de la sociedad por intermedio de sus jueces para reparar una verdadera o imaginaria ofensa. La justicia colectiva es la última fase de la evolución y al rescindir de ella caemos en la barbarie primitiva propia de los pueblos salvajes o sea la vindicta particular”. (Dr. Julio C. Salas, *ob. cit.* Pág. 119). En esos individuos a que se refiere el doctor Salas podría decirse que la combatividad se manifiesta en forma violenta, no por costumbre adquirida en la guerra, sino porque en ellos el instinto sufrió una detención en su desarrollo evolutivo; en otros podría ser que el instinto sufriera una regresión (Véase lo que dijimos antes acerca de detención y regresión). Y apreciada la criminalidad como fenómeno colectivo quizás pudiera afirmarse que depende más bien de nuestro grado de evolución social y de características propias de nuestro medio social.

“corrío” llanero sirvieron para alegrar el vivac de los ejércitos que con un cambio de caudillo pierden o recobran la república alternativamente. A la hora del descanso el canto es también arma de combate. Para esos esforzados luchadores no hay reposo. ¡Luchar! ¡luchar! Es un imperativo de su instinto exaltado. Este mismo hecho lo señala Bunge en la pampa argentina, son las mismas *payadas de contrapunto*, pero mientras este autor encuentra su fundamentación en la arrogancia criolla, nosotros lo consideramos como manifestación de un instinto de lucha desviado.

Formas degeneradas de lucha

No obstante la represión social prematura del instinto de lucha, el venezolano sigue siendo un luchador, pero las formas de manifestación de su instinto son bastante chocantes a los ojos de los que aspiramos a una ascensión espiritual de nuestro pueblo y a un mejoramiento gradual de nuestra cultura.

Abandonada la forma directa de lucha debido a la presión exterior, el instinto se labró tortuosos caminos y surge a plena conciencia en la forma de chiste amargo, en el cual se descarga toda la fuerza contenida del golpe que no se pudo asestar al contrario. Y el chiste, arma buida, hace blanco a mansalva. Nuestro pueblo es chistoso pero sin esa fina delicadeza de otros pueblos. Su chiste es burdo, brutalmente burdo. En las situaciones más serias, cuando la acción sería remedio salvador brota a flor de labios el chiste que nos hace olvidar y que contiene por un momento la rabia y aflora la sonrisa en una dolorosa contracción de impotencia. Los chistes para ridiculizar la dictadura y al *Bagre* fueron el arma única que pudo esgrimir el pueblo contra el oprobio.

Otras veces el instinto se manifiesta en la actitud iconoclasta de los pseudocríticos que acometen contra todo, deseosos de destruir como los niños, pero cuya labor no es sino eso, destrucción y nada más. Cuando se hace crítica literaria, artística, científica y social, se aprovecha la oportunidad para insultar; es crítica libelista en la que se destruyen “famas puras”, escupiendo, no “asquerosa hiel” sino veneno de víboras malignas. Nuestros críticos, con escasas excepciones, son fracasados combatientes, egoístas y rencorosos que ni adoctrinan ni construyen, porque de la lucha no conservan más que el brutal impulso. Los buenos críticos son luchadores guiados por la idea noble de

perfeccionar las obras de los demás para deleite propio y beneficio de todos. En los buenos críticos el instinto de combate se halla sublimado, por eso su obra es creadora de nuevos valores y no destructora como la de los pseudocríticos.

La Mentira.

La mentira es también arma de ataque y baluarte de defensa de nuestros luchadores. No se diga, como lo hace Bunge, que es esta mentira un orillar de las dificultades para disminuir el trabajo, sino más bien una especie de mimetismo psíquico, medio peligroso que está minando lentamente la moral de nuestro pueblo. Cuando la tiranía impide la franca expresión de la verdad, se recurre a las formas veladas, se corrompe el espíritu público y se crea una ambigua situación espiritual de desconfianza. Bajo la dictadura no era posible dar crédito a nadie, porque como un medio de lucha defensivo todo el mundo procuraba esconder su pensamiento, temeroso de los espías, siempre en acecho y porque existía como una consagración oficial de la mentira, ya que mentira eran las leyes y decretos y nuestras más sagradas instituciones, mentira el progreso decantado, y a quien se atrevía con ingenuidad a declarar la verdad, le sorprendía la única realidad efectiva bajo el gomecismo: la cárcel y los grillos.

El Azar y el Juego

El venezolano, acostumbrado al azar, por características propias de nuestro medio, se aventura sin meditar en cualquier empresa en la que el acaso decide. Ya que azar ha sido por largo tiempo la actividad social, industrial y comercial venezolana, las garantías ciudadanas, la libertad y hasta la vida misma dependían de un facineroso disfrazado de policía o de jefe civil, o en una escala mucho más elevada, de presidente de la República, gobernador o presidente de un Estado. De aquí, según la fina observación de Augusto Mijares, la propensión viciosa al juego de envite y azar tan común en nuestro pueblo, a tal punto de convertirse en un mal general, que se ha pretendido combatir con leyes prohibitivas. Porque se desconoce que para combatir los vicios de los pueblos son insuficientes las leyes, y que en estos casos obra de manera decisiva en la modificación de las costumbres el

mejoramiento del medio social. Suprimido el juego público se estimula una violación de la ley y la actividad disimulada y encubierta, haciendo mucho más grave el daño; cuando lo aconsejado es abrir campos múltiples de actividades y por ellas canalizar entonces el esfuerzo que la alta de libertad desbordante conduce a los gritos. Quizás fue más bien preocupación de la dictadura crear esas distracciones envilecedoras que adormecían el espíritu público y que si llegó a prohibirlas sin proponerles sustitutivo apropiado, fue sólo para monopolizar el juego clandestino, sostenido por los adictos funcionarios del régimen. El juego adquiere para el venezolano la significación de un combate donde el truco y el engaño, como en las estrategias militares, inclinan la balanza del éxito a favor del más hábil. Es de notar esta desviación viciosa del instinto de lucha, ya que en aquellos individuos que por su oficio deberían tener ese instinto mucho más exaltado, la propensión al juego es más notable, por lo cual los cuarteles daban un porcentaje grande de jugadores.

Combatividad negativa

Otros luchadores abandonan por completo la lucha directa, bien porque cansado de luchar han llegado al convencimiento de la inutilidad de esa clase de esfuerzos, o porque encuentran más cómodo entregarse al vagar de los sueños donde la realización ideal no encuentre obstáculos, donde el luchador mira sus triunfos sin posibles fracasos. Bello es el ensueño, y es necesario que alguna vez nos dejemos arrastrar por él para alejarnos de la realidad y descansar de nuestras luchas, pero con tal de que los viajes no sean muy frecuentes ni prolongados¹¹. La realidad es dura, pero no hay que eludirla. Un buen luchador redobla sus esfuerzos cuanto mayores sean los obstáculos que haya de vencer.

Otros venezolanos se conforman con la gloria heredada del abuelo, y escudados bajo la égida de un gran nombre como parásitos, satisfechos de

¹¹ No ignoramos que esa actitud para el ensueño es cuestión temperamental y por consiguiente, la especie de dosificación que proponemos del soñar es dificultosa, mas no imposible; ya que el tipo soñador (introvertido en Jung) gana contacto con la realidad cuando se le hace manipular objetos. El obligado contacto con las cosas frena la imaginación y devuelve al sujeto a la vida. La voluntad y la inteligencia pueden influir, siguiera débilmente en esa actitud del soñador. Como muy acertadamente observa Jung, "es indispensable que el introvertido consiga obrar y actuar, y su actividad no se vea detenida constantemente por objeciones y celos; como también es necesario que el extravertido medite en sí mismo, sin menoscabar por eso de una manera fatal sus relaciones". (C. G. Jung, *ob. cit.* Pág. 109).

no hacer nada. “Mi padre hizo, mi abuelo fue” es el ritornelo de toda su vida, mientras su actitud es un insulto para los nombres venerables de sus ascendientes que cumplieron como buenos su consigna de luchadores trabajando y pensando para bien de la humanidad, y cayeron abatidos como buenos, dejando como patrimonio un nombre limpio que sus descendientes se encargarán de apolillar o ensuciar en la inacción. Las batallas de los demás no deben interesarnos sino cuando estamos solidarizados con ellos o cuando los hayamos ayudado a combatir.

Esa actitud negativa de los ineptos es causa de la maledicencia. Entre esos inactivos generalmente se dan los tomadores de pelo de oficio, que por las tardes, cuando el ambiente serena y es menos sofocante el sol del trópico, se estacionan en la plaza del pueblo a la sombra acogedora de algún árbol, o se van a la botica, sitio de reunión de deslenguados o a las bodegas de las encrucijadas, y entre palo y palo hacen blanco de sus burlas sangrientas a todo el que acierta a ponerse al alcance de su batería de estulticia soez. Los maledicentes, ¡quién no los conoce!, son individuos para los que ningún mérito es legítimo, y precisamente, porque son incapaces para adquirir valimiento, sufren de un complejo de inferioridad, y reaccionan deseosos de apagarlo todo para ganar el derecho a exhibir su ineptitud sin que nadie les haga sombra. Esa es su manera de eliminar contrarios. Algunos hay que no respetan a nadie. Persona alguna escapa a sus lenguas viperinas. En un grupo hablan de los ausentes y cuando todos les abandonan se quedan murmurando entre dientes viéndoles alejarse. ¡Qué despreciable espécimen de luchador es el maledicente!

Contemplando estos tipos degenerados de luchadores llegamos a la conclusión de que es poco provechoso para la integración moral del individuo la censura, el obstáculo permanente, la prohibición paternal y escolar que impide dar expansión al instinto de lucha para crear el aparente espíritu pacífico, pero que en realidad es peligro social constante contra el cual no vale protección, ya que el ataque es siempre alevoso y sobreseguro. La dictadura, con su régimen de fuerza y opresión, nos legó muchos males, pero éste del disimulo y de la maledicencia irrespetuosa y hasta tolerada, fomentada a veces por los que tenían interés en destruir verdaderos valores que pudieran hacerles sombras, es la herencia más negra y dolorosa y que

pesa sobre la nación como una infamia, imponiéndonos la obligación de combatirla reeducando los espíritus para la actuación limpia, acostumbrándolos a acusar con limpieza para la depuración de la república y a reconocer los méritos verdaderos para colocarlos en sus puestos.

EDUCACIÓN DEL INSTINTO DE LUCHA

¿Qué consecuencias prácticas podrían sacarse de este estudio? ¿Es educable el instinto de lucha? Y si lo es, ¿en qué forma lograrlo?

Si nuestra tesis es verdadera, la resolución de estas tres cuestiones reviste una importancia grande para nuestro país.

Como asentamos ya, no conviene reprimir el instinto de lucha sino canalizarlo y dirigirlo. Sería ponerse en manifiesta oposición con las leyes de la naturaleza impedir que los muchachos se batan. Que los muchachos se peleen es favorable para la evolución social. “La lucha es una ruda forma de acción adaptada a los primeros grados de la evolución humana y habitualmente representa una lección provechosa”, dice Kirkpatrick. Luchando, los muchachos se libran de sus instintos peligrosos. La lucha es purga de esa energía afectiva del instinto, que si llegara a descargarse después produciría resultados dañosos. Que un muchacho se pelee no tiene nada de particular, lo raro sería que no lo hiciese. Lo que deben procurar los padres y maestros no es impedir esas luchas, sino permitir al muchacho canalizar su instinto, y una buena forma para ello la proporcionan los deportes, pues en éstos se satisface el instinto a la vez que se adquiere la noción del propio valer y se disciplina el espíritu haciéndose aguerrido para las luchas sociales. El buen deporte prepara a los ciudadanos para el mejor cumplimiento de sus deberes.

Los muchachos que no luchan en los años en que el instinto combativo es más imperioso, puede ser que no lo hagan ya nunca más violentamente, pero el instinto que no encontró forma de actualizarse normalmente seguirá caminos tortuosos. La imposición no podrá suprimir los posteriores efectos de la lucha. Es necesario permitir al muchacho que se bata, que pelee el combate noble, aceptando los riesgos que éste acarrea y desarrollando así su voluntad para el logro de sus deseos; pero que estas luchas persigan una finalidad social útil. Que se pelee por proteger al niño más débil y a la muchacha desvalida. La lucha caballeresca por deshacer agravios y

enderezar entuertos. La finalidad moral perseguida por el instinto dignifica la lucha y hace que los muchachos y los hombres sientan desprecio por aquellas migajas peleas egoístas, y sobre todo no les dejará descender nunca a las bajezas de la maledicencia, la mentira, el insulto soez y canallesco y a todas esas formas degeneradas de ataque cobarde y encubierto.

El instinto de lucha en sus complicaciones no desdeña juntarse a otras tendencias más elevadas para reforzarlas en su expresión y realizarse conjuntamente con ellas. Al educador le interesa favorecer esas alianzas, estimularlas para canalizar el instinto de lucha y hacerle adquirir un aspecto más digno. Poner orden en el combate, llevarlo al terreno impersonal, suprimiendo sus efectos destructores, será el papel de la educación de ese instinto. La competencia reglada, no entre personas, porque esto conduciría al egoísmo, sino entre equipos organizados, favorecerá el normal desenvolvimiento del instinto combativo. La regla desempeña el papel de canal para que el instinto no se desborde. El fin, que en este caso será el triunfo del equipo, comunicará nobleza a la competencia. Los concursos, que según dijimos ponen al individuo frente a contrincantes desconocidos y frente a sí mismos, son estimulantes medios de educación del instinto de lucha, a la vez que llevan una estimación ética a la actividad promueven el mejoramiento individual. El concurso pone de manifiesto capacidades, lo que impone una valoración y utilización social cuya importancia no escapa a los concursantes que, sin egoísmos, quieren hacerse mejores para prestar más eficientes y apreciables servicios a la colectividad.

Si como dice Jung, “generalmente el objeto real ofrece a la energía un cauce mejor que ninguna actividad ética, por bella que sea”, el educador, no obstante, no debe perder de vista esas actividades éticas, para proponerlas al niño junto a con objetivos reales. Es conveniente poner el instinto de lucha al servicio de los sentimientos altruistas creando los clubes de asistencia social, la Cruz Roja Juvenil, las Ligas Sanitarias escolares, los ejércitos de alfabetización, las cooperativas escolares, por medio de las cuales, actuando, adquirirá el niño el sentimiento de la responsabilidad y aprenderá a respetar los intereses y la personalidad de los otros compañeros con los cuales se encuentra solidariamente unido. En un pueblo combativo como el nuestro es

necesario propulsar y estimular esa cooperación, desenvolver la acción social del individuo y hacer de modo que acoplada la actividad de éste en la obra colectiva sea constructiva en lugar de destructora. Desde la escuela, por medio de la asociación es necesario dirigir la acción del niño hacia la colectividad escolar, con la cual estaría íntimamente compenetrado y no querrá destruirla, porque sería destruirse, renunciando a las ventajas y prerrogativas que le ofrece la cooperación de todos los miembros del grupo social.

El niño deberá ser conducido de su egocentrismo primitivo, en que el instinto persigue sólo el bien personal, a una forma intelectualizada y social de satisfacción. Los padres y maestros deben favorecer y en cierta manera estimular la integración de la personalidad hacia la cual marcha todo individuo a medida que se desarrolla, por la fusión de sus tendencias bajo el influjo de la inteligencia y la voluntad y auxiliado por una racional educación.

Ideal elevado de todo educador será poner el instinto de lucha al servicio de la colectividad, pero en ninguna manera exaltarlo, llevando a los muchachos a formar ejércitos donde se les adiestre para la guerra, como en los ejércitos de balillas y otros semejantes. Estas prácticas son contraproducentes, porque las maniobras en pequeño introducen en el espíritu una falsa noción del ejército, al cual desacreditan, y porque en esa forma se impide la expresión de la personalidad sino a desarrollar el carácter: “Deseamos, dice, evitar la instrucción militar en la educación de nuestros hombres; los exploradores son hombres que viven al aire libre; no soldados risibles” (cita de Bovet).

El programa moral de Baden Powell implica una racional canalización del instinto de lucha, porque éste encuentra satisfacción aliándose con otros instintos cuya fuerza es igualmente poderosa en los niños y es además un programa de vida sana e higiénica.

La supresión del instinto de lucha que muchos preconizan, creyendo que con ello se llegará a la paz, demuestra un desconocimiento de las leyes de la evolución del espíritu. Hemos visto los pésimos resultados a que conduce la represión. Contenido por muchos años, el espíritu de lucha de los venezolanos, bajo una paz aparente, sostenida por la fuerza, en un momento se desborda y destruye; incontenible acomete contra todo, porque la tiranía,

si impide la libre expresión del instinto, no puede extinguirlo. Fue una vana ilusión de los opresores creer que habían pacificado el país, cuando solamente lograron adormecerlo, y el despertar ha sido terrible, haciendo ahora ardua esa labor de encauzar la actividad comitiva, para alcanzar por ella el progreso nacional y las conquistas culturales a que tenemos derecho como colectividad humana. Tampoco se resuelve esta cuestión con el silencio y el ocultamiento de las luchas de la humanidad, esperando con ello impedir los choques, pues los impulsos que arrastran al combate no son externos sino internos. Hoy se sabe que para la moral del instinto son más convincentes obstáculos reales que las fórmulas de la moral convencional¹². Por eso, Pierre Bovet considera que el verdadero programa pacifista, el que conducirá a la paz verdadera, debe basarse en un método “de derivación que reconozca, no sólo lo que el instinto luchador tiene de universal y permanente en la especie humana, sino además aquello que posee de grande, de bello y de fecundo” así el programa de paz será un programa “de educación moral, cívica y humana del individuo entero; pero que no hay necesidad de apresurar la realización de este ideal con procedimientos nuevos, sino solamente seguir con más resolución y consecuencia las vías que trazan las grandes leyes del desarrollo espiritual de la humanidad”.

Para nosotros este programa de educación moral y cívica es tanto más urgente, por nuestras características nacionales y porque nuestro medio social desorganizado no ofrece estímulos moralizadores. Urge organizar ese medio de modo que de él partan los estímulos, un medio donde los individuos, gobernantes y gobernados, magistrados y simples ciudadanos, asuman actitud digna, y que emulándose en el cumplimiento del deber den ejemplo edificante de civismo. El medio social es gran maestro y los individuos casi siempre son fiel reflejo de ese medio. Entre tanto la inmoralidad de unos provoque rabia sorda en otros y deseo de imitación en muchos, la lucha no será constructiva sino que más bien irá acentuando la desintegración, hasta conducirnos a la ruina nacional. Constituyamos un

¹² Como expresa Ferriere, eximir al niño de la lucha sería correr el riesgo de conducir a la estagnación mental; la lucha y el dolor son necesarios para alentar y templar el espíritu... Preciso es que nuestros hijos conozcan algo de la lucha de nuestros primeros padres; que las conozcan, entiéndase bien, no por su intelecto o por su memoria, sino por experiencia, que esas luchas sean –así como los obstáculos naturales que las produjeron y las victorias a que dieron lugar- carne de su carne y sangre de su sangre. La evolución de los instintos se realiza a ese precio. (Ad. Ferriere, *ob. cit.* Pág. 239).^o

medio moralizador donde la conducta vertical de los hombres constituya ejemplo digno y nuestro instinto de lucha derivará hacia la obra constructiva de una nación grande y próspera. Es necesario que en la lucha social los hombres adquieran el sentido de la responsabilidad, para lo cual es indispensable que cada uno ocupe su puesto en la obra constructiva de la patria.

CONCLUSIONES

Somos un pueblo de luchadores. La lucha está consustanciada con nuestra psicología. La represión violenta de ese instinto es añosa para el normal desenvolvimiento del individuo y para la sociedad. La palabra de orden, lo que la ciencia nos enseña es que debemos derivar hacia fines útiles la actividad combativa, canalizar la acción, sublimar nuestra tendencia orientándola hacia los grandes ideales impersonales: la verdad, el bien, la justicia, la equidad, y como síntesis de todo eso, hacia la cultura nacional. Como pedía Bunge, “la cultura por el trabajo, la división del trabajo por la modestia, el estímulo del trabajo por la alegría”. Que el trabajo constructivo sea el objetivo de desviación de nuestra actividad combativa; pero el trabajo emprendido con sana alegría deportiva, porque responde a nuestra íntima aspiración de lucha, el trabajo elegido porque armoniza con nuestras aptitudes, no el trabajo impuesto como una tiranía deprimente, realizado a regañadientes y de mal humor, porque éste en lugar de objetivo para la canalización, es estimulante de luchas y hostilidades, que si aparecen contenidas muchas veces están prestas siempre a estallar con su secuela de odio y destrucción.

BIBLIOGRAFÍA

- ADLER, Alfredo, *La Psicología individual y la Escuela*. Edit. Revista de Pedagogía. Madrid.
- BUNGE, Carlos Octavio, *Nuestra América (Ensayo de Psicología Social)*. 7ª edición. Espasa-Calpe. Madrid.
- Bovet, Pierre, *El Instinto Luchador*. Edit. Francisco Beltrán. Madrid.
- COUTTS, Waldemar E., *El Deseo de matar y el Instinto Sexual*. Edit. Javier Morata. Madrid.
- DEPONS, Francisco, *Viaje a la parte oriental de Tierra Firme*. Tip. Americana. Caracas.
- FERRIERE, Adolfo, *El Progreso Espiritual*. Edit. Espasa-Calpe. Madrid.
- FREUD, S., *Una Teoría Sexual y otros Ensayos (Tomo II: Obras Completas)*. Edit. Biblioteca Nueva. Madrid.
- GIL FORTOUL, José, *Historia Constitucional de Venezuela*. 2ª edición. Edit. Parra León Hermanos. Caracas.
- JUNG, C. G., *Lo inconsciente*. Publicaciones de la Revista de Occidente. Madrid.
- KIRKPATRICK, E. A., *Los Fundamentos del Estudio del niño*. Jorro. Madrid.
- MARMOL, Luis Enrique, *La Locura del Otro*. Tip. Vargas. Caracas.
- PFFISTER, Oskar, *El Psicoanálisis y la Educación*. Edit. Revista de Pedagogía. Madrid.
- ROUMA, George, *Pedagogía Sociológica*. Edit. Francisco Beltrán. Madrid.
- RÜHLE, Otto, *El Alma del niño proletariado*. Espasa-Calpe. Madrid.
- RUSSELL, Bertrand, *Principios de Reconstrucción Social*. Calpe. Madrid.
- SALAS, Julio C., *Civilización y Barbarie (Estudios sociológicos americanos)*. Talleres Gráficos Lux. Barcelona, España.
- SIMMEL, Jorge. *Sociología*. Tomo I. Edit. Revista de Occidente. Madrid.
- VALLENILLA LANZ, I., *Disgregación e integración (Ensayo sobre formación de la nacionalidad venezolana)*. Tip. Universal. Caracas.

OTROS APUNTES

LA ACTIVIDAD LUDICA Y EL TRABAJO

La época es, y así se le ha llamado, época deportiva. Hay una actitud juvenil animosa que toma impulsos y arremete contra los obstáculos, igual que un futbolista golpea despiadado la pelota hasta llevarla a la meta. Las cosas más graves y en las que nuestros antepasados ponían toda seriedad y adustez, en nuestra época se realizan con un desenfado, con una decisión deportista que los viejos encuentran chocante y hasta irrespetuosa, pero que nosotros estamos en la obligación de ver de otra manera. No todos los tiempos son iguales. Cada época tiene su característica, y la de ésta es precisamente esa actitud deportista desenfadada. Este cambio que a algunos podrían parecer raro, obedece no a fútiles motivos sino a un profundo vuelco en la manera de concebir y de juzgar las cosas. La juventud desea llegar a la naturaleza por caminos naturales, llegar a la acción estimulada por medios naturales, vivir su vida clara y limpiamente, preparándose así para las luchas que la convivencia social requiere y toma de sus juegos y deportes –que no son otra cosa que expresiones de una necesidad- esos estímulos y esa preparación, junto con la desenvoltura y alegría que manifiestan.

Las edades de la vida tienen signos característicos y cualidades sobresalientes. Si nos fijamos en la actividad, vemos que afecta diferentes modalidades en los varios períodos de la vida: juego libre para el niño; deporte o juego sistematizado para la juventud y trabajo para la edad adulta, no obstante que trabajo y deporte, como veremos más adelante, deben marchar unidos en jóvenes y adultos para la integración perfecta de la vida.

Hemos oído decir por allí que el juego es inútil. Los padres se quejan y los maestros reniegan contra los muchachos que juegan. No comprenden que el juego es indispensable para el niño; no llegan a imaginar que sea necesario para el desenvolvimiento tanto físico como intelectual del muchacho, y así se obliga a éste a una actividad que el adulto considera útil, pero él encuentra verdaderamente aburridora, y mientras sueña su ardorosa imaginación en mil cosas diversas para escapar a la tortura de una labor sin interés, llega la vida ciudadana con sus responsabilidades, llega el trabajo y lo encuentran

impreparado para el lleno de esa función trascendental que la sociedad reclama, precisamente, porque, no se le permitió jugar. Los niños que, empujados por apremios económicos o por cualesquiera otras circunstancias, no tuvieron tiempo para jugar, y se entregaron tempranamente al trabajo rudo, llevan en el espíritu una especie de vacío y llegan a hombres torvos y sombríos, porque no supieron nunca de la infinita alegría del juego, que es purificador refresco, alentador de ensueños y viven añorando lo que ya no podrán alcanzar. ¡Desgraciados los niños que no pueden jugar! Esos serán hombres despiadados y rudos, espíritus cerrados para la clemencia, vengativos y crueles, porque el juego enseña a dar y recibir y hace comprender que para alcanzar el goce que produce necesario es hacer concesiones.

El juego es una función preparatoria. El muchacho que se entretiene modelando en barro, el que amarra su perro al coche construido burdamente, se ejercita para posibles actividades en la vida social y mientras juega, se perfeccionan sus mecanismos de acción, su imaginación inventa medios para vencer obstáculos, medios que aplicará más tarde cuando a su paso tropiece con las innumerables vallas que opondrá la vida al libre ejercicio de la actividad. Además, por medio del juego se complementan y perfeccionan actividades adquiridas ya. Otras veces el juego sirve para purgar el organismo de ciertas tendencias que podrían ser perjudiciales al individuo o a la colectividad. Esta es la llamada función catártica del juego.

Aún cuando dijimos que la infancia parecía estar caracterizada por la actividad lúdica, vemos que juegan el joven y el adulto. Esto sucede precisamente porque cada etapa de la vida es preparatoria de la inmediatamente siguiente, y el hombre adquiere y perfecciona por el juego, como lo hace el niño, las habilidades que está llamado a ejercer en el futuro, en las posteriores etapas de la vida. Además, en el adulto, el juego tiene más que en el niño, un marcado carácter compensatorio.

Sometido el hombre a las rudas tareas de la vida, que casi nunca da lo que promete, halla satisfacción en el sueño, en el arte, en la poesía, que son otras tantas formas del juego, por las cuales se complementa la vida en todas direcciones. Al hombre le hace falta jugar para conservar la flexibilidad espiritual, para divertirse, para “endulzar” los sufrimientos que proporciona el trabajo realizado en malas condiciones y para descansar de la tensión

producida por la actitud sostenida en una sola dirección. No ha de estar tenso perennemente el arco para que no pierda elasticidad. “El hombre no es completo más que cuando juega” decía Schiller, y en efecto quien no sabe escapar a las torturas de la realidad creando por el juego compensaciones a la vida, es un hombre incompleto.

Entre el juego y el deporte no hay diferencias esenciales. El juego se realiza libremente y sin trabas en los primeros años, luego se sistematiza y se somete a ciertas reglas convirtiéndose así en deporte. Este no viene a ser más que una forma evolutiva de aquél. El deporte es el juego del niño sistematizado y sometido a reglas impuestas por los mismos jugadores o aceptadas libremente por ellos para regir la competencia. En la imposición y aceptación de estas reglas interviene el prestigio y la autoridad de la persona que las sanciona, compañero de más edad, padre, o maestro. Pero es necesario no olvidar que esas reglas no deben ser ni demasiado numerosas que entorpezcan la acción, ni demasiado complicadas que hagan penoso el juego. Para que el deporte cumpla su función es indispensable graduar las dificultades lenta y progresivamente y nunca pasar bruscamente del juego libre al deporte organizado; la transición brusca exige esfuerzos que desvirtúan el juego.

Con el deporte, la actividad lúdica del niño toma otro carácter. Se señala de manera notable en el adolescente y en el joven deportista esa ansiedad de sobresalir, ese deseo de agradar al público que sigue ansioso con la mirada a los que luchan en el deporte y que aplaude lleno de furor a los vencedores: el deportista se sabe admirado y por hacerse acreedor a las miradas de las mujeres que asisten a los torneos, sobrepuja sus fuerzas. El deporte tiene un marcado carácter sexual. La mujer siempre, como en las luchas de circo de la antigua Roma y como en los combates de las tribus primitivas, brinda sus halagos a los vencedores. No obstante, por un error de selección algunas veces mira con piedad al vencido, piedad que es ya inequívoca expresión de amor, contrariando así los designios de la especie, que, en sus aspiraciones selectivas, prefiere para las lides del amor a los más fuertes. El deporte viene entonces como una supervivencia de las antiguas luchas por la hembra o como una preparación para entrar en las lides del amor, si tenemos en cuenta que específicamente el deporte es una forma es una forma de actividad adolescente, juvenil. Pudiera ser, que por una desviación autoerótica, el

deportista se olvidase de las manos femeninas que aplauden, encauzando entonces el instinto cabía su propio cuerpo, hacia la pureza de líneas. En este caso se pierde de vista la finalidad del deporte. Narciso queda petrificado ante su propia imagen. Esta supervaloración del cuerpo conduce al ensimismamiento, al egoísmo, restando elementos a la sociedad. Este tipo bastante común es el deportista puro.

El deporte tiene una función higiénica, defiende al organismo, conserva las energías y la flexibilidad de los músculos. Además ayuda a la expresión de la propia personalidad, pues por él expresa el adolescente cuanto quiere y cuanto sueña mostrando a la vez sus capacidades. Los deportes como medios disciplinarios tienen una gran importancia, porque la libre aceptación de las reglas del juego enseñan al joven el valor del orden y el respeto para el pleno goce de la actividad. “La gran lección del derecho como medio de libertad no se enseña en ninguna parte como en un juego ordenado y bien dirigido. En ningún otro lugar puede el niño comprobar por sí mismo el valor de la ley como en el campo del juego. Un maestro que puede conseguir que los niños jueguen felizmente de acuerdo con cuantas reglas sean necesarias no solamente forma un sentimiento público a favor del juego ordenado y bello, sino que prepara al niño para la perfecta ciudadanía más eficazmente de lo que puede hacerlo en la clase, donde el niño no tiene ningún interés personal por lo que está haciendo”. (Kirkpatrick).

Se ha dicho que el juego y el deporte son improductivos, no creadores, y en realidad así es, si se considera como creación lo que tiene una existencia material, un valor comercial, salario, obra de mano. Pero si llamamos creación a nuestros estados psíquicos, no apreciables en dinero, pero susceptibles de producir valores, el juego y el deporte crean un estado de ánimo, esa actitud que hemos llamado deportista, que es disposición necesaria para el trabajo, actividad creadora de valores externos. La verdadera diferencia entre deporte y trabajo estriba en que el primero se produce tomando sólo en consideración la alegría que proporciona, tiene en ésta una realización inmediata; mientras que en el trabajo la actividad se dirige al fin remoto, remuneración u obra, pero ambos son creadores, satisfacen necesidades biológicas y sociales.

Generalmente se considera que trabajo y deporte son actividades que deben darse separadamente, y, en efecto, llevados de ese falso concepto, el

deportista puro se entrega, despilfarrando energías, a un deporte continuo, mientras el trabajador manual reniega amargado realizando una labor que no le agrada. Es necesario que la actividad lúdica y el trabajo se encuentren unidos para que la obra resulte rica y agradable; todo trabajo debe estar salpicado de sana alegría deportiva para que no produzca cansancio Kirkpatrick, a quien citaremos de nuevo, dice a este respecto: “Casi todos los adultos tienen que trabajar por necesidad, pero su trabajo debe ser para ellos el juego más agradable si saben escogerlo bien y realizarlo con el más adecuado espíritu. Si está bien adaptado a la capacidad y le inspira tanto orgullo y satisfacción que continuaría realizándolo aunque la necesidad le relevase de él como medio de vida, entonces puede, en realidad, decir que juega mientras trabaja. Este es, quizás, el caso más frecuente entre los artistas, los actores y los inventores; pero también puede ser verdad de los agricultores, de los negociantes, mecánicos o maestros”. Podría objetarse que casi nunca en la vida del individuo esas condiciones de trabajo se realizan, pues empujado éste por las circunstancias escoge un trabajo para el cual no tiene aptitudes, o las leyes de la oferta y la demanda hacen improductiva una ocupación llevando al espíritu amarguras, pero no obstante esta objeción, ese enlace del trabajo y la actividad lúdica queda como un ideal al menos.

El concepto que se tiene del trabajo como actividad penosa arranca de la idea teológica de castigo que implica la sentencia bíblica “Ganarás el pan con el sudor de tu frente”, la cual ejerce una sugestión en la conciencia colectiva perpetuada por siglos de terror. En otra oportunidad expresamos que “de allí quizás arranca la diferenciación de los obreros manuales, cultivadores de la tierra, etc., la clase consagrada al culto de la divinidad, la de los guerreros, la de los trabajadores intelectuales, legisladores, jueces. La labor amena penosa de estas últimas clases les creaba una superioridad que erigían en privilegio, y es quizás de allí de donde arranca también ese desprecio hacia las llamadas artes viles, sumamente penosas, trasplantado a América por los conquistadores españoles, que cuales dedicaban a sus hijos, mientras que el colono criollo, el indio, el negro sólo podían dedicarse a aquellas artes viles”. Para huir del doloroso esfuerzo fue necesario someter a otros hombres que como esclavos realizaban esas labores. La imposición es

la que hace doloroso el trabajo. La libertad de escoger la ocupación comunica a ésta alegría y decisión.

El esfuerzo debe darse con el desenfado y la alegría deportiva, pero con sentido creador, productivo, sin diletantismo despilfarrador del deportista puro, que siempre será considerado como un hombre rico de energías y que las gasta inútilmente, ya que no aprovecha su aptitud para crear valores. Como la cigarra de la fábula él verá llegar el invierno, sin granos el granero, flácido el músculo y blanqueada la cabeza, ya será tarde para el esfuerzo creador. Entre nuestra juventud hay muchos deportistas puros, despilfarradores de energías, despreocupados del trabajo, estudiantes que han hecho del estudio un pretexto para no trabajar en otras actividades, que no trabajan en su perfeccionamiento cultural; zánganos improductivos de la colmena social, que toman de la miel que otros elaboran. Pero felizmente son más los que trabajan, los que estudian con alegría deportiva, con tenacidad, como en justa para alcanzar la sonrisa benévola de esa gentil hembra que es Venezuela. Estos deberán redoblar el esfuerzo creador, compensando la falta de creación de los otros: deben trabajar incansablemente en su perfeccionamiento para que cuando llegue el invierno, flácido el músculo y la cabeza blanca los graneros estén llenos; para que sus sucesores puedan jugar con holgura preparándose debidamente a continuar la inconclusa labor de los padres. Lo últimos días deben encontrarnos puliendo, completando la labor de toda la vida, rehaciendo siempre con insatisfecha aspiración de perfeccionamiento nuestras obras; sobre el yunque, con actitud deportiva y con desenfado, creando, creando.

LA ESCUELA DE ENSEÑAR Y LA ESCUELA DE APRENDER

Aun cuando algunas personas no acertarán a encontrar las diferencias entre una y otra escuela, considerándolas desde luego como una sola y misma cosa, ya que en el corriente entender la escuela enseña siempre y el alumno aprende igualmente, diferencias notables distinguen a los dos tipos.

Según el concepto vulgar la escuela, o mejor dicho el maestro, es un ser activo que aprovisiona de conocimientos al niño y éste no vendrá a ser más que un ente receptivo de aquellas enseñanzas. Pero pongámonos de acuerdo. ¿Aprende el niño todo lo que el maestro pretende enseñarle? La elemental experiencia de los que han tenido maestros nos dice que sólo una mínima parte de esas enseñanzas queda en nuestra inteligencia como un conocimiento claro. Se dice de algunos muchachos que lo aprenden todo porque repiten al pie de a letra cuanto dice el maestro y lo que contienen los manuales escolares, pero un conocimiento memorizado no es siempre una enseñanza. Para que una enseñanza pueda convertirse en conocimiento es necesario que sea aclarado y comprendido por la inteligencia, es decir, aprehendido su sentido. Además, es necesario para que el maestro pueda enseñar que haya alguien siempre deseoso de aprender y éste no es siempre el caso respecto de los muchachos que concurren a las escuelas. Ahora bien, ¿cuál es la mínima parte de enseñanza que retiene el niño? ¿Qué es lo que aprende? Sólo aquello que le llega a interesar y sólo le interesa lo que responde a sus necesidades. Estas son en último término las que seleccionan el conocimiento para su satisfacción. Las necesidades varían, no son las mismas para todos los sujetos ni en un mismo sujeto son iguales en todas las épocas de la vida. Las necesidades evolucionan con la edad, y los intereses, que son intermediarios entre las necesidades y los objetos que las satisfacen, evolucionan también con ellas; hay una edad para la Historia y la Geografía, otra para las Ciencias Naturales, otra para la Aritmética. De aquí que haya una inconsecuencia en la actitud del maestro en querer aprovisionar desde fuera el espíritu del niño de muchas cosas que éste no necesita por los momentos y sólo por el hecho de que están escritas en el programa, que por otra parte no ha sido elaborado de

acuerdo con las necesidades del niño. Se le dan alimentos sustanciosos pero de difícil digestión y el niño se defiende contra la indigestión memorizando para olvidar tan luego pasen los exámenes.

Esta escuela donde el maestro es el único ser activo y el alumno es pasivo podríamos llamarla escuela de enseñar o más propiamente escuela del maestro. Es la escuela tradicional que todos conocemos, la escuela dogmática, la escuela de programas y horarios fijos, de exámenes periódicos y abrumadores, donde el saber se organiza según pautas preestablecidas, en la que el niño no significa nada, porque el maestro, interesado en conservar su autoridad, no acierta a comprender lo que al niño le interesa verdaderamente, y le atiborra de cosas que no quiere aprender y por consiguiente no aprende.

Pero hay otra forma de escuela, surgida en lo que va del siglo XX. Un grupo de hombres, biólogos, sociólogos, psicólogos y maestros, después de pacientes investigaciones y de trabajo experimental, han llegado a formular los principios fundamentales de la nueva educación. El niño es ahora el centro de gravedad de la vida pedagógica. Se comprendió que éste es un ser activo por excelencia y que es necesario dar expansión a esa actividad, encauzándola, aprovechándola en sus naturales manifestaciones para educar al niño. Ya la escuela tradicional minada en sus cimientos empieza a ceder el puesto a esa escuela ideal. Esa escuela es un medio apropiado donde el niño manifiesta sus necesidades, o mejor dicho, es un medio construido de acuerdo con esas necesidades, y la actividad del niño se despliega para satisfacerlas. La actividad, de formas cambiantes y múltiples, pero siempre de significado biológico, pasa del juego al trabajo, de la risa a la meditación, dando al espíritu lo que reclama para su expansión y enriquecimiento.

Esta escuela podríamos llamarla la escuela de aprender o escuela del niño, porque en ella el niño encuentra lo que sus necesidades reclaman en las diferentes épocas de su evolución; el esfuerzo disminuido por el interés no se gasta inútilmente, no hay aprovisionamiento anticipado ni desechos inútiles que entorpecen la evolución y el niño se cría fuerte y sano, alegre y bondadoso; trabajando en conjunto con sus compañeros aprende la virtud de la cooperación, adquiere la noción del respeto; porque se le sabe guiar y comprender, comprende mejor a los demás; porque encuentra compañerismo y sinceridad, es franco y sincero; desconoce la mentira y el engaño. En esa

escuela el niño aprende porque desea aprender. Allí el niño es maestro de sí mismo, es el autodidacta robusto de pensamiento y seguro de lo que sabe. Los que han hecho su aprendizaje solos en la vida generalmente han aprendido a vencer las dificultades y están mejor preparados para afrontar nuevas situaciones. Se adquiere confianza en la propia obra. El aprendizaje comienza generalmente cuando se sale de la escuela y quien no ha aprendido en ésta a vencer dificultades irá de tanteo en tanteo, de tumbo en tumbo perdiendo tiempo y casi nunca seguro de realizar lo que desea. La escuela nueva es una escuela de autodidactas. En eso estriba su gran mérito, porque los grandes hombres fueron siempre autodidactas, y no es que se aspire a hacer de cada alumno un hombre prominente, sino a dotar a cada uno de las cualidades indispensables para triunfar en la vida. Como pudiera creerse, hasta el maestro en estas escuelas no ha desaparecido, sino que ha cambiado de actitud; ha perdido su pose autoritaria de dómine antiguo para convertirse en el compañero de mayor edad, en el de más experiencia a quien todos consultan. Ya no es el maestro que enseña, es el maestro que educa educándose, que desarrollando lo que de individual hay en cada niño incorpora nuevas energías a la comunidad vital y acrecienta lo que de humanidad hay en todo hombre. Nunca fue mayor la importancia del maestro ni en época alguna se le ha exigido mayor rendimiento en su labor; pero el maestro nuevo no rehuye esas responsabilidades, se prepara para rendir mejor su cometido y consciente de su misión sonrío mientras espiga en su campo la aspiración de un pueblo que marcha al porvenir.

DISCIPLINA Y LIBERTAD EN LA ESCUELA

La coacción como medio pedagógico, debe ser rechazada. La coacción repliega al hombre en sí mismo y hace de él un carácter hermético. Allí donde la coacción solamente sea capaz de hacer trabajar a los niños; “el educador estará siempre a las puertas de su corazón” y jamás penetrará en ellos. Jamás podrá introducirse en el alma del niño, que le ocultará siempre su mundo interior. Sus relaciones serán, cuando más, correctas. La intimidación propiamente humana no se establecerá jamás.

Peter Petersen.

El problema de la disciplina en la escuela ha tenido siempre preocupados a los maestros y esta preocupación se justifica por la importancia del asunto. La disciplina es eje y centro de toda actividad, es ley de la vida. Toda realización implica una disciplina; pero dolorosamente hay una gran confusión en la manera de concebirla y aplicarla. Se ha creído que la disciplina consiste en imponer una regla sin contenido, cuya finalidad del niño no comprende, sólo porque interesa al maestro. Se imponen formas de acción desprovistas de valor para el niño, porque se parte del concepto de que el esfuerzo fortalece la voluntad y se hace trabajar al niño en una tarea sin interés para él, se le impone “el esfuerzo por el esfuerzo, el fastidio por el fastidio”. Esta forma de obrar desde fuera carece del valor educativo, porque si bien la voluntad se pliega a una imposición exterior, nada se gana en el sentido de liberación y expresión de la personalidad del niño. La disciplina externa logra niños sumisos pero no crea espíritus de carácter e iniciativa, tan necesarios en la vida de los pueblos.

“Toda coacción es represiva, deprimente, limitadora, es suma, restringe la libertad”. Por eso es necesario que un buen sistema disciplinario tenga en cuenta al niño, su personalidad, y que no parta del maestro como supremo juez que aplasta con su autoridad el naciente espíritu que busca su expresión.

Para crear una sana disciplina escolar es indispensable organizar un medio donde el orden despierte y estimule el obrar, donde la actividad

descubra motivos apropiados para la acción, y la cooperación haga posible la interacción de los miembros de la colectividad. La vida en comunidad con otros niños que expresan su voluntad de vivir y su hambre de poder es de mayor valor educativo que la unilateral acción de los maestros. Para el niño, tiene mayor valor el estímulo proveniente de la colectividad formada por sus iguales que todas las formas disciplinarias impuestas por los adultos. Allí en ese medio la disciplina deja de ser entonces un problema, porque ella no es impuesta sino querida por el niño; surge de las necesidades de la ocupación misma, el niño llega a obrar bien y en beneficio de sus compañeros, sin que la voz de autoridad del maestro imponga esa forma de expresión y sin que necesite para ello premios ni castigos.

Los premios y los castigos sólo son necesarios allí donde no se ha establecido la ley en colaboración con el mismo niño. Por eso dice Piaget, que “tanto el premio como el castigo son signos de heteronomía moral: cuando la regla es exterior al individuo es cuando se hace necesario, para conquistar su sensibilidad, un símbolo de aprobación. El esfuerzo autónomo rechaza tales procedimientos. Por otra parte, y sobre todo, la recompensa es el complemento de esta educación entre individuos de la que nuestra clásica educación moral ha hecho el gran resorte de toda la Pedagogía”.

La disciplina es algo interno, viene de dentro; mover y fortalecer estos resortes es la misión del maestro y no crear la aparatosa y rígida disciplina externa destinada a ser violada o cuando menos a una obediencia pasiva y sin participación de la espiritualidad del niño, sin contenido moral alguno.

En las escuelas nuevas la disciplina ha dejado de preocupar, porque en ellas los niños realizan su propia labor. Ellos, como miembros de una pequeña comunidad ante la cual son responsables saben conservar la disciplina y orden impuestos por la comunidad, por ellos mismos. La amplia libertad de que gozan y de la cual tienen un alto concepto les lleva a respetar a los demás. El efecto mantiene las relaciones naturales de los alumnos entre sí y con los profesores, porque éstos son también compañeros que participan en los trabajos, que colaboran en sus empresas que asisten a sus juegos y excursiones y que no pretenden imponer otra autoridad que la de su prestigio de buen compañero. El maestro se pliega a la moral de la pequeña colectividad escolar y se convierte en la más madura y experimentada autoridad en función, que no

impone leyes sino que sigue los dictados de la colectividad, lo que es voluntad general, porque sólo así se garantiza la vida y el trabajo en común.

Muchos maestros son contrarios al régimen de libertad en la escuela porque ellos no conciben cómo pueda trabajarse en tal forma. Para ellos la libertad del alumno es contraria al buen orden de la escuela. No les es posible renunciar a su autoritarismo, porque éste está consustanciado con ellos y se refleja en toda su labor, que se resiste de intrascendencia. Tal concepto de la libertad escolar conduce a numerosos errores y ha hecho encallar a la escuela en un régimen de fuerza, carcelario, encallar a la escuela en un régimen de fuerza, carcelario, carente de valor educativo. La libertad no es el libertinaje, el desorden. Una escuela donde hay libertad se caracteriza por el respeto, porque ser libre es ser respetuoso de las normas establecidas, siempre que éstas estén de acuerdo con la naturaleza del niño, siempre que estén hechas no para constreñir sino para permitir el juego de la actividad, para canalizar en el sentido de la perfección social, los impulsos del niño. Disciplinar tiene siempre un sentido social y el niño que así lo comprende, el niño que se sabe miembro de una colectividad que progresa por la acción armoniosa de sus miembros, será respetuoso del orden por no perder el derecho que tiene a la libertad en una comunidad que se resiente de las faltas de sus miembros.

Es necesario conceder a los niños la facultad de gobernarse por sí mismos, de establecer su disciplina, su gobierno propio y desaparecerán de la escuela el autoritarismo de los maestros y los castigos, porque entonces serán innecesarios.

Sólo así podrán formarse “cuerpos robustos y espíritus abiertos y cultivados, caracteres independientes y leales, hombres de iniciativas, que para hacer su camino cuentan no con su fortuna, ni con sus padres, ni con protección ajena sino consigo mismos”.

EL INTERÉS Y EL ESFUERZO EN LA ESCUELA

Demasiado preocupada por una cultura llamada universal, la escuela impone un cúmulo de trabajos sin consultar los intereses dominantes en los niños. Se ha creído conveniente exigir a éstos un esfuerzo sobrehumano para que aprendan un grupo de cosas programadas con vista a una valoración social hecha por el maestro, incomprensible, para el alumno, porque olvidamos satisfacer su móvil espiritualidad, cuyas exigencias del momento es necesario tomar en cuenta. Se hace el sacrificio del niño para enseñarlo a actuar con lógica de adulto en vez de conducirlo a fortificar a sus modo de expresión.

Gentes hay que no vacilan en recomendar como forma educativa esfuerzos penosos, porque “siendo la vida un serio afán es necesario ejercitarse en la infancia para la adquisición de hábitos vigorosos de lucha”. Por ello asignan a la escuela la función de crear esos hábitos, pues si ésta (la escuela) favorece solamente una forma de trabajo agradable, podrían, según ellos, hacer del niño un diletante inadaptado para las penalidades comunes de la existencia.

Pero esta errónea manea de interpretar la función de la escuela obedece a un total desconocimiento de la psicología del niño, a ignorancia de la función que desempeña el interés y la alegría en la integración de la personalidad. Se ignora que el niño es una informe masa de instinto que buscan expresarse, que quieren satisfacerse, y que imponer una forma de actividad que contraríe o cuando menos impida la eclosión de ellos, es marcar limitaciones a la personalidad, es cerrar los caminos de expresión que la naturaleza da al individuo para realizarse. Lo que interesa no es destruir los instintos sino coordinarlos y ligarlos, por diversos que ellos sean, y dirigirlos a la expansión de la vida sana y útil, cosa que ciertamente no se logra por los mecanismos tiránicos de la escuela tradicional, sino haciendo un llamado a los intereses creadores del yo. Con la imposición sistemática se deforma la personalidad del niño, ya que esa vida no tiene nada de común con su vida real. Al tratamiento “le trasplanta a un mundo aparte. Acapara su energía para obligarle a hacer otra cosa distinta de su deber estricto de individualidad humana: trabajar en la

unificación de sus instintos. De su experiencia y de su pensamiento con vista a aumentar su potencia espiritual” (Ferriere).

El gran motor de la actividad es el interés, no el interés momentáneo y pasajero. Este es simplemente un relámpago que no deja huella. Sino el interés que emana de nuestras necesidades instintivas. Cuando las cosas no interesan, de manera espontánea vamos a ellas con alegría, porque en ellas se complementa nuestro ser, y esa alegría, ese placer son creadores. El interés provoca el esfuerzo que materializado en ideas o en objetos encuentra en estos su forma propia de expresión.

Cuando se exige al alumno un esfuerzo no motivado por un interés se le condena al fastidio, a la pereza o a una forma duplicada de expresión, que es ya una desintegración de la personalidad, pues por una parte complace las exigencias del maestro de manera incompleta, mientras reserva parte de su energía espiritual para realizarse en el sentido en que lo solicitan sus intereses instintivos. Esto es lo que expresa Dewey cuando dice: “Las facultades espontáneas del niño, su necesidad de realizar su propio impulso, no puede suprimirse de ninguna manera. Si las condiciones son de tal naturaleza que el niño no puede verter en su trabajo estas potencias instintivas, si tiene la sensación de no poder expresarse por ese trabajo, entonces aprende de una manera verdaderamente maravillosa a facilitar la cantidad de atención exactamente necesaria para satisfacer la exigencia del maestro y a reservar una parte de su energía mental para seguir las líneas trazadas por sus necesidades innatas” Esta duplicidad de acción a que conduce el falso concepto que se tiene de la escuela, la cual está orientada hacia el esfuerzo desprovisto de interés para el niño, crea la disciplina social de los hombres sin carácter y esa actitud indiferente con que se mira la escuela. Forma los hombres, que, dándose a medias a su labor, son incapaces para la obra perfecta.

La función de la escuela no es exigir al niño esfuerzos sin interés, sino antes bien, promover y facilitar aquellas actividades que pro estar ligadas íntimamente con necesidades del yo se realizan con placer. El yo en la plenitud de su integración realiza con alegría los esfuerzos que son indispensables para expresarse. Salvar un obstáculo, vencer un inconveniente son actividades

placenteras si están ligadas a un interés, porque en ellas el yo se siente dueño de sí.

Según Dewey, que ha estudiado mejor que ningún otro esta cuestión “el problema de la instrucción consiste en encontrar actividades inteligentes, específicas, que tengan un fin, una significación para el niño; en una palabra, actividades que le interesan”.

“La significación del interés reside por completo en aquello a lo cual tiende, en las nuevas experiencias que él hace posibles, en las nuevas potencias que él crea”.

Como piensan algunos, no son opuestos el interés del alumno y el esfuerzo que se le exige, sino que antes bien, ambos se complementan. Todo esfuerzo creador debe estar movido por un interés profundo. La ignorancia primero, y la incompreensión después, de esta sencilla cuestión Psicológica convirtieron a la escuela en un sitio de tortura. Afortunadamente para el niño y para la humanidad, ya hoy empieza a verse claro, y los maestros estudiosos, en el deseo de preparar generaciones sanas de espíritu y aptas para el progreso, interpretan el principio del esfuerzo creador movido por el interés del niño, y para hacerlo fructificar, crean el ambiente amable de las Escuelas Nuevas, que son medios estimulantes, amables sitios propicios para la alegría y que ponen al niño frente a las cosas que le interesan en sus diferentes etapas de la vida, condición indispensable para que el esfuerzo se dé como un fruto jugoso y sazonado.

Felices los niños que manifiestan su interés en un ambiente que invita al esfuerzo. Compasión para los niños, que muerto o ausente su interés, se ven forzados a realizar un esfuerzo impuesto desde fuera, pero que no puede ser la expresión de su querer espontáneo.

BIBLIOGRAFÍA

- ADAM, Michel: *La Calumnia, relación humana*. Siglo Veintiuno Editores, México, 1968.
- ADLER, Alfredo: *La Psicología individual y la Escuela*. Edit. Revista de Pedagogía, Madrid.
- ALLPORT, Gordon W.: *La naturaleza del prejuicio*. Editorial Universitaria de Buenos Aires, Eudeba, Buenos Aires, 1965.
- ARAMONI, Aniceto; SILVA, Jorge y otros: *El hombre en conflicto*, Editorial Samo, S. A. México, DF. 1972.
- BANDURA, Alberto y RIBES IÑESTA, Emilio: *Modificación de Conducta. Análisis de la agresión y de la delincuencia*. Editorial Trilla, México, 1975.
- BASTIDE, Roger: *Sociología y Psicoanálisis*. (Las teorías psicoanalíticas aplicadas a la realidad social). Compañía General Fabril, Editora-Buenos Aires, 1961.
- BERNARD, Jessie: *Sociología del Conflicto*. Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad de México, México, 1958.
- BERNARD, L. I.: *Psicología Social*. Fondo de Cultura Económica, México 1946.
- BOVET, Pierre. *El Instinto Luchador*. Edit. Francisco Beltrán, Madrid.
- BUNGE, Carlos Octavio: *Nuestra América* (Ensayo de Psicología Social), 7ª edición. Espasa-Calpe, Madrid.
- CARRETO, Adolfo: *Educación, Violencia y Medios de Comunicación Social*. Edit. Trípide. Caracas, 1974.
- CARTHY, J. D. y EBLING, F. J.: compiladores. *Historia Natural de la agresión*. Siglo Veintiuno, Editores S. A. México, 1970.
- CORSER, Lewix A.: *La Función del conflicto social*. Fondo de Cultura Económica, México. 1961.
- COCKBURN, Alexander y BLACKBUM, Robin: *Poder estudiantil, problemas diagnóstico y acción*. Editorial Tiempo Nuevo, Caracas 1970.
- COUTTS, Waldemar E.: *El deseo de matar y el Instinto Sexual*. Edit. Javier Morata, Madrid.
- DEPONS, Francisco: *Viaje a la parte oriental de Tierra Firme*. Tip. Americana, Caracas.
- ERICKSON, Eric H.: *Sociedad y Adolescencia*, 2ª edición, Siglo Veintiuno, Editores, México, 1974.
- FERRIERE, Adolfo: *El Progreso Espiritual*. Edit. Espasa-Calpe, Madrid.
- FORTER, Pierre: *La vida moral del adolescente* (Bases de una pedagogía de la juventud contemporánea), Editorial El Ateneo, Buenos Aires, 1968.
- FREUD, S.: *El Yo y el ello*. Obras completas, Tom. I, Editorial Biblioteca Nueva, Madrid, 1948.
- FREUD, S.: *Psicología de las masas*. Obras completas, Tom. II, Editorial Biblioteca Nueva, Madrid, 1948.
- FREUD, S.: *Metapsicología*, obras completas. Tom. I.
- FREUD, S.: *Una teoría sexual y otros Ensayos*. (Tomo II, obras completas). Edit. Biblioteca Nueva, Madrid.
- FRIEDLANDER, K.: *Psicoanálisis de la delincuencia juvenil*. Editorial Paidós, Buenos Aires, 1956.

- FROMM, Erich: *Anatomía de la destructividad humana*. Siglo Veintiuno, Editores, Buenos Aires, 1975.
- GALBRAITH, John Kenneth: *Economía y subversión*. Plaza y Janes, S. A. Editores, Barcelona, España, 1972.
- GIL FORTOUL, José: *Historia Constitucional de Venezuela*. 2ª edición. Edit. Parra León Hermanos, Caracas.
- GURRIERI, Adolfo; TORRES-RIVAS, Edelbert; GONZALEZ, Janett; DE LA VEGA, Elio: *Estudios sobre la juventud marginal latinoamericana*, Siglo Veintiuno, Editores, México, 1971.
- HUIZINGA, J.: *Homo Ludens, el juego y la cultura*. Fondo de Cultura Económica, México, 1943.
- JUNG, C. G.: *Lo inconsciente*. Publicaciones de la Revista de Occidente, Madrid.
- KIRKPATRICK, E. A.: *Los Fundamentos del Estudio del niño*. Jorro, Madrid.
- KOWALEWSKI, Z. Martín y OSBRADO, Miguel: *Antropología de la guerrilla*. Editorial Nueva Izquierda, Caracas, 1971.
- LEFEBVRE, Henri: *La Violencia y el fin de la historia*. Ediciones Siglo Veinte. Buenos Aires, 1973.
- LORENZ, Konrad: *El comportamiento animal y humano*. Plaza y Janes, S. A. Editores, Barcelona, España, 1974.
- LORENZ, Honrad: *Consideraciones sobre las conductas animal y humana*. Plaza y Janes, Editores, Barcelona, España, 1974.
- MALAVE MATA, Héctor: *Formación histórica del antidesarrollo de Venezuela*. Ediciones Rocinante. Tercera edición, Caracas, 1975.
- MARCUSE, Hebert: *Eros y civilización, una investigación filosófica sobre Freud*. Tercera edición. Editorial Joaquín Mortiz, S. A. México, 1968.
- MARCUSE, Herbert: *La agresividad en la sociedad contemporánea*. Editorial Alfa, S. A. Montevideo, 1971.
- MÁRMOL, Luis Enrique: *La locura del conflicto humano*. Fondo de Cultura Económica, México, 1975.
- McNEIT, Elton B.: *La naturaleza del conflicto humano*. Fondo de Cultura Económica, México, 1975.
- PERLS, F. S.: *Yo, Hambre y agresión*. Fondo de Cultura Económica, México, 1975.
- PFFISTER, Oskar. *El Psicoanálisis y la Educación*. Edit. Revista de Pedagogía, Madrid.
- ROUMA, George. *Pedagogía Sociológica*. Edit. Francisco Beltrán. Madrid.
- RÜHLE, Otto: *El alma del niño proletariado*. Espasa-Calpe, Madrid.
- RUSSELL, Bertrand. *Principios de Reconstrucción Social*. Calpe. Madrid.
- SALAS, Julio C.: *Civilizaciones y Barbarie* (Estudios sociológicos americanos) Talleres Gráficos Lux, Barcelona, España.
- SIMMEL, Jorge. *Sociología*, Tomo I, Editorial Revista de Occidente, Madrid.
- SOURS, J. A. y otros: *Perturbaciones psíquicas del adolescente*. Editorial Paidós, Buenos Aires, 1972.
- SPOCK, Benjamín: *Adolescencia, agresión y política*, Garnica, Editor, Buenos Aires, 1971.
- TIMBERGEN, N. *El estudio del instinto*, 3ª edición, Siglo Veintiuno. Editores, S. A. México 1975.
- VALLENILLA LANZ, L. *Disgregación e integración*. (Ensayo sobre formación de la nacionalidad venezolana). Tip. Universal, Caracas.